

Año II
N.º 24

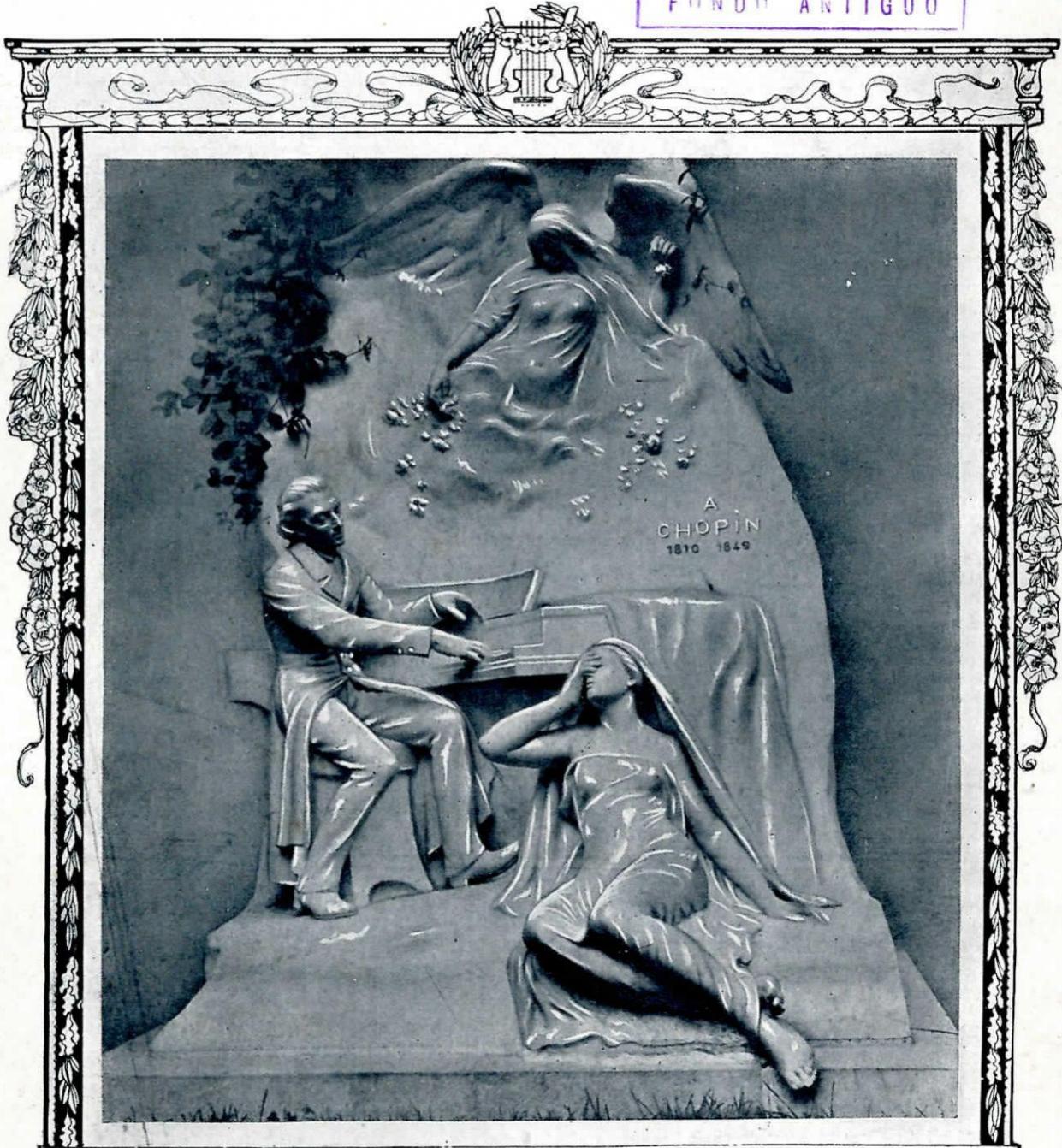
PRISMA
 REVISTA ILUSTRADA DE ARTES LETRAS &
ARIEL-LIMA 1905

AÑO II

Lima, á 16 de octubre de 1905

U. N. M. S. M.
 BIBLIOTECA CENTRAL
 HERETEROTECA
 FONDO ANTIGUO

NUM. 24



Monumento á Chopin en el Parque Monceau

Inaugurado en París á fines de Agosto último
[Obra de M. Jacques Froment-Maurice]

CARACTER DE LA LITERATURA DEL PERU INDEPENDIENTE

(Continuación)

Igual intolerancia lo acompaña al terreno religioso. Heterodoxo militante, propagandista del pensamiento libre, casi apóstol, González Prada es el continuador y heredero de Vigil; pero está muy apartado de su serena templanza. No puedo prescindir de preguntarme: ¿habrá necesidad, para tratar de la instrucción laica, de hablar, como lo hace Prada, del exterior limpio ó desaseado de los clérigos? Para clamar contra la invasión clerical ¿es preciso acoger maliciosas hablillas? Me parece que acudir á tales medios es rebajar la discusión, hacerle perder la dignidad y altura que debe revestir. Por su parte, los católicos no se han quedado cortos y han respondido á los ataques de Prada con creces (1). Y lo malo es que con esto Prada se encarniza y violenta cada vez más, y la cuestión religiosa lo absorbe como una obsesión. Ya no puede tomar la pluma sin tratar del catolicismo.

Es muy común, y en cierto sentido muy justo, afirmar que González Prada en política es puramente un especulativo, un teórico, un soñador. Veamos cuál es ese sentido. Dos puede tener aquí la palabra *teórico*, y en ambos implica una incapacidad: ó incapacidad de conocer lo real, de apreciar el medio en que vive, ó incapacidad de obrar para modificarlo. Dígase lo que se quiera, Prada no es *teórico* en la primera acepción. Aprecia con lucidez, con tino certero, nuestros vicios y nuestras debilidades; ha observado bien el Perú, y sabe lo que es y lo que le falta: «Sin especialistas, ó más bien dicho, con aficionados que presumían de omniscientes, vivimos de ensayo en ensayo: ensayos de aficionados en Diplomacia, ensayos de aficionados en Economía Política, ensayos de aficionados en Legislación y hasta ensayos de aficionados en Táctica y Estrategia. «El Perú fué cuerpo vivo, expuesto sobre el mármol de un anfiteatro, para sufrir las amputaciones de cirujanos que tenían ojos con cataratas seniles y manos con temblores de paralítico. «Vimos al abogado dirigir la hacienda pública, al médico emprender obras de ingeniería, al teólogo fantasear sobre política interior, al comerciante mandar cuerpos de ejército..... «¿Cuánto no vimos en esa fermentación tumultuosa de todas las mediocridades, en esas vertiginosas apariciones y desapariciones de figuras sin consistencia de hombre, en ese continuo cambio de papeles; en esa Babel, en fin, donde la ignorancia vanidosa y vocinglera se sobrepuso siempre al saber humilde y silencioso!..... Anémicos y nerviosos, no sabemos amar ni odiar con firmeza. Versátiles en política, amamos hoy á un caudillo hasta sacrificar nuestros derechos en aras de la dictadura; y le odiamos mañana hasta derribarle y hundirle bajo un aluvión de lodo y sangre. Exigimos improvisar lo que es obra de la incubación tardía, queremos que un hombre repare en un día las faltas de cuatro generaciones» «De nuestras universidades surgen legiones de abogados que se lanzan á la política, como los pabellones negros se arrojan á los mares de la China. «Para nuestros doctores *in utroque* no hay ciencias de observación y de experimento, sino alegatos con pidos y suplicas. Fuera de sus Códigos y de su Práctica forense, nada saben; sin embargo, son nuestra materia prima de donde salen el financista, el diplomático, el pedagogo, el literato y hasta el coronel... «Con inteligencia suficiente para aguzar la malicia, sin moralidad necesaria para refrenar los malos instintos: globos á medio inflar, vuelan á ras del suelo, arrancando con el ancla los techos de las casas y las plantas de los sembríos..... Al recibirse de abogado, un hombre obtiene en el Perú diploma de omnisciencia y patente de corso, No merecen un panegírico nuestros militares, llevan sobre la conciencia muy graves deli-

(1) El padre descalzo González refutó *Páginas libres* en un necio escrito que llamó muy inmerecidamente *Páginas razonables* [dos folletos, Lima 1895]. Debe leerse, si se quiere conocer el calamitoso estado en que se halla la apologética católica entre nosotros.

«tos; pero si quiere juzgárseles con imparcialidad, debe recordarse que al oído de todo sátrapa con entorchados zumbó siempre un abogado de alma hebrea y corazón cartaginés». «Por carácter, por la benignidad del clima, por la riqueza del país, «somos pacíficos, anticonquistadores, amigos del reposo. Por nuestra posición geográfica, condenados fatalmente á ser campo de batalla donde se rifen los destinos de Sud América, tenemos que transformarnos en nación belicosa. El porvenir nos «emplaza para una guerra defensiva. O combatientes ó esclavos». El hombre que ha dicho todo esto, no es un declamador, aunque á veces declame; no es un mero retórico, aunque á veces la retórica lo domine: es un espíritu honrado, es un patriota, que con la clarividencia que da el amor ha visto nuestros males, ha palpado nuestras lacerias y ha prorrumpido desde el fondo de su alma airada en palabras de terrible y desgarradora verdad. Y las que he citado no son las únicas. En *Páginas libres* abundan observaciones sociológicas muy atinadas y precisas. Si por el mejoramiento del país, muchas de ellas parecen ahora exageradas (*Libertad de escribir, Propaganda y ataque*), recordemos que se escribieron en los tristísimos años que siguieron á la derrota, y veremos que entonces eran exacta expresión de nuestro estado. Su acento es tan sinceramente conmovido, tan dolorosamente cierto, que lejos de extrañar la profunda impresión que causaron, admira que no la produjeran todavía mayor.

Pero señalar defectos no es tarea muy ardua; lo importante es proponer remedios. ¿Lo hace González Prada? Nada concreto se deduce por lo pronto de sus consejos. La Ciencia y la Libertad (2) son denominaciones vaguísimas; por ellas cada uno puede entender lo que se le antoje. No obstante, parece que su programa consiste en la instrucción laica, la secularización del Estado, la constitución de partidos de principios y la dirección francamente democrática y radical llevada á todas las esferas de la vida pública. Examinemos qué consecuencias tendría la ejecución de este programa.

Sin necesidad de grandes cavilaciones, cualquiera descubre que González Prada es impropio para la acción. Enamorado ciegamente de ciertas ideas, exclusivo, dogmático, intratable para con las doctrinas contrarias á las suyas, tal lo hemos visto en religión y en literatura, y tal es en política. Ahora bien, la política es por esencia equilibrio de fuerzas, serie de transacciones inevitables, adaptación, apreciación de posibilidades y tacto de circunstancias. Quien no tenga ideal político y no procure realizarlo, no ha de llamarse estadista, sino miserable intrigante y logrero; pero ese ideal sólo marca una vía, no hace sino señalar el camino, no puede aplicarse de repente, sin tener en cuenta las resistencias, como si se operara en lo abstracto, como si se dedujera un corolario geométrico ó la conclusión de un silogismo. Aun cuando estuviéramos plenamente convencidos de que nuestros principios son los únicos racionales, ¿cómo llevarlos á la práctica en todo su rigor y toda su rudeza, si han de quebrantar la sociedad, destruyendo la tradición, que es su base, trastornando el orden y el respeto, que son las condiciones primarias de su existencia? Pero Prada no lo entiende así: «Seamos verdaderos, aunque la verdad desquicie á una nación entera, aunque convierta al Globo en escombros y ceniza. Poco importa la ruina de la Tierra, si por sus soledades silenciosas y muertas sigue retumbando eternamente el eco de la verdad». ¿Qué significa esto sino la superioridad de la teoría abstracta sobre los intereses reales, de lo simbólico sobre lo viviente? Y por aquí se va lejos, hasta donde fueron los inquisidores españoles, hasta donde fué Robespierre. Es el *jacobinismo* puro, el feroz y funesto *jacobinismo*. ¡Extraña ofuscación en el hombre que de continuo clama contra las *abstracciones metafísicas*! ¡Cómo si la verdad fuera un *sér en sí*, cómo si fuera algo más que la rela-

(2) *Discurso en el Politeama*.

ción, siempre imperfecta é inestable, del sujeto y del objeto! ¡Extraña ofuscación en quien sabe, porque ha estudiado la Historia, que á las insensatas medidas extremas de las democracias sigue la insoportable tiranía de un dictador!

Admiro á González Prada como estilista; lo respeto personalmente, porque es íntegro; porque procede de buena fe; porque no se ha doblegado ante nadie; porque en medio del servilismo que reina, del general encorvamiento, ha sabido mantenerse erguido y digno; porque ante una sociedad gatzmoña y fanática, imbuída en preocupaciones de aldehuela, ha desplegado bizarramente á todos los vientos el estandarte del pensamiento libre; pero sus proyectos políticos me parecen errados, más aún, desastrosos. No seré yo, por cierto, quien niegue el fundamento de las amargas lamentaciones de González Prada y de los radicales sus secuaces (ó exsecuaces, porque parece que hubo ruptura) á propósito de la política peruana. En todas partes la política es impura, porque en ella combaten las ambiciones y las concupiscencias humanas; en el Perú, por razones especiales, lo es más que en otras (No tanto, sin embargo, como en algunas naciones de Europa y América. Fuimos, pero ya no somos los peores). El escaso desarrollo de la riqueza, la plétora de abogados, el predominio de la burocracia hacen que á todos interese vivamente la política, porque solo ella en la mayoría de los casos asegura el bienestar de los pobres, y satisface la ambición y da pábulos á la actividad de los ricos. De allí proviene el exceso de pretendientes. Casi todos, los grandes y los humildes, se mueven é intrigan, porque casi todos necesitan del gobierno en forma directa ó indirecta, porque casi todos aspiran á los goces del poder. Y en competencia tan áspera, echan mano de toda clase de armas. Luego, las situaciones independientes son raras; el carácter es sumiso; no se ha olvidado todavía la humildad obediente que enseñó la Colonia; pocos resisten con firmeza al que manda; pululan aduladores para el poderoso del día, que reparte sueldos y cargos, que aplaca el hambre de los estómagos y el escozor de la vanidad; y la corriente universal, ya instintiva, de la lisonja cortesana, arrastra hasta á los que más firmes y viriles parecían. La oposición vociferante y truenante cuando se le cierra el presupuesto, pero se sosiega con unos cuantos puestos lucrativos distribuidos hábilmente, con unos cuantos mendrugos de pan. No es cuadro halagador, pero, en verdad, va mejorando á ojos vistas, y de algunos años á esta parte el nivel moral está subiendo con rapidez, por más que aun quede mucho por hacer.

En vez de detenerse aquí, como sería justo, González Prada y sus discípulos todo lo exageran, violentan y sacan de quicio. Cuantos han figurado en política son unos malvados; cuantas instituciones gozan de poder y de prestigio, son máquinas oxidadas é inútiles, ó focos de infección moral. El Perú es para ellos un presidio suelto. ¡Qué horror! Si hubieran nacido en cualquier otro país, por más ejemplar que se le suponga, dirían lo mismo. ¿Cuándo y en qué parte faltaron jamás motivos ó pretextos para acusaciones semejantes? Creen, según parece, que los vicios son algo peculiar al Perú, y no fruto necesario de la sociedad humana. Tal es, sin embargo, mi ceguera, que no me resigno á admitir que todos nuestros estadistas sean unos bandidos. Con buena voluntad no es muy difícil encontrar en la política peruana una docena, no de santos (¿dónde los hay?), no de Catones (¿son tan raros!), pero sí de hombres honrados y rectos. Y hasta muchos de los más denigrados ¡or el radicalismo, no son esos ogros que nos pintan, esos monstruos de maquiavélica perversidad, sino personas que, colocadas en excepcionales y azarosísimas condiciones, han cometido faltas y las han reparado después con grandes aciertos. Y aun para juzgar tales faltas y discernir responsabilidades, sería de desear criterio muy educado, serenidad absoluta y versación en los asuntos públicos, porque no se puede ver bien la acción del poder desde tan lejos y porque es indigno de quien se precia de imparcial dejarse llevar por el simple rumor del pueblo, rumor anónimo, inconsistente, liviano, tan pronto para el endiosamiento como para la detracción y la calumnia.

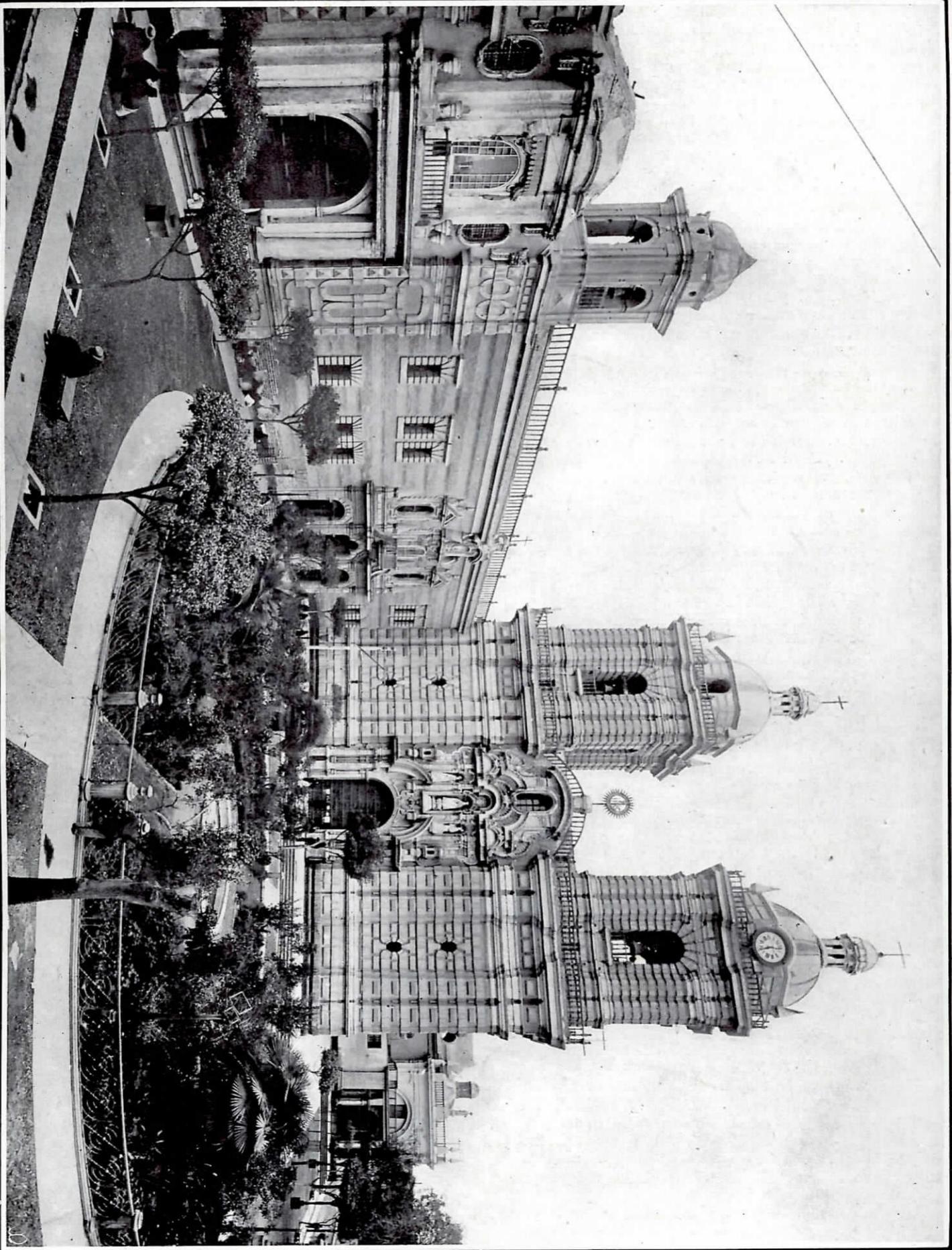
¿Qué ganaría el Perú con la formación de partidos de principios? En Europa como en América, en las grandes potencias

como en las naciones pequeñas, los partidos de principios, cuando existen, no son sino el signo bajo el cual se agrupan intereses que representan. Mejor dicho, las ideas políticas no son nunca más que el símbolo ó la expresión abstracta de determinados intereses. Así sucede en Inglaterra y en Francia, en Alemania y en Rusia, en Italia y en España, y, como no hemos de cambiar la naturaleza humana, así sucedería en el Perú. Variaríamos de nombres. El fondo sería idéntico; tendríamos lo que hoy tenemos. ¿Merece una cuestión de palabras tantos afanes? Nuestra regeneración no puede venir de allí. Vendrá del progreso en la educación; del incremento de la riqueza; del desarrollo de la actividad; del combate sin tregua contra la inercia, contra la pereza criolla que nos mata; de la consolidación de la paz; de la estabilidad de los gobiernos; de una acertada reforma constitucional que limite la órbita de los poderes públicos y que asegure la permanencia en los propósitos, en vez de la incesante y caótica mutación de rumbos y de políticas.

Los partidos de principios, no sólo no producirían bienes, sino que crearían males irreparables. En el actual sistema, las diferencias entre los partidos no son muy grandes ni muy hondas sus divisiones. Se coligan sin dificultad; colaboran con frecuencia. Los gobernantes sagaces pueden, sin muchos esfuerzos, aprovechar del concurso de todos los hombres útiles. Pero si los partidos se hicieran doctrinarios, las cosas tomarían pronto otro carácter. Por poco valor que tenga en sí un principio abstracto, siempre agría la lucha, le da aspecto dogmático, impide las transacciones, despierta el fanatismo. Las guerras más terribles han sido las religiosas. Y ¿cuál sería en el Perú el distintivo capital de los partidos de principios? No hay duda: sería el color religioso; bien claro lo dicen nuestros radicales. Se formaría, pues, un partido de católicos más ó menos exaltados. Católicos y librepensadores, que hoy nos damos amigablemente la mano, nos encontraríamos separados por un abismo. Y ¡qué abismo! El más profundo, el más tenebroso, el más infranqueable, como que toca a lo más íntimo y delicado de la conciencia, á la vida interior, á la tradición y al sentimiento. Para elevar á una persona á un cargo público, no nos preguntaríamos ya si era ó no idónea, sino en primer término si era librepensador ó creyente. Y quien sabe la repercusión que en el Perú tiene la política, comprenderá que esto sería la guerra llevada á la familia, á lo más secreto del hogar y á todos los instantes de la vida. ¿No tenemos acaso bastantes dificultades, para crearnos por gusto otra nueva y tan tremenda? Necesitamos, ante todo de concordia, de unión, de tranquilidad, de trabajo constante, si queremos conservar nuestra calidad de nación independiente, y ¿vamos á suscitar la cuestión que más divide los ánimos, vamos á despedazarnos, á desgarrarnos en facciones irreconciliables? Sería una insensatez monstruosa ó un incalificable delito; sería alentar el espíritu revolucionario, que tal vez no está muerto definitivamente, suministrándole un poderoso y eficaz pretexto. Y si vuelven las revoluciones, todo está perdido: no habrá salvación para nosotros.

Hay un pueblo americano, de nuestra misma raza, cuyo territorio, fértil como ninguno, ciñen dos océanos; cuya situación envidiable lo destinaba á ser emporio de riqueza; cuyos hijos, por el carácter y por la inteligencia, por el valor heroico y por el proverbial talento, no conocen rivales en nuestro continente. Y ese pueblo, heredero de las glorias de Bolívar, cuna de grandes poetas, de grandes escritores, de grandes políticos, con todos los elementos para ser próspero y poderoso, ha derrochado miserablemente sus recursos, ha agotado obscuramente sus fuerzas en impías contiendas fratricidas, y después de sufrir el yugo de mil tiranuelos, se presenta hoy más anarquizado, más arruinado y más infeliz que todos sus hermanos de la desgraciadísima América Española. Colombia es para el Universo, pero en especial para nosotros, que hemos participado siempre de sus vicios y propendido á sus errores, solemne ejemplo de enseña cuales son los malditos frutos del charlatanismo de los ideólogos y hasta donde conduce la guerra religiosa. Escarmentando el Perú: todavía es tiempo.

(Continúa.)



Plazuela é Iglesia de San Francisco en Lima

Foto. Moral



La señal de primavera en Londres

UN POEMA DE AMISTAD

VENÍA á mi lado á un ser querido, y en frente el océano. ¡Alma insondable, mar insondable! Conocemos del mar solo un salpicón de espuma y del prójimo solo la mirada y el acento.

Quería penetrar en el espíritu de la amiga á través de sus pupilas claras, cálidas, hermosas. ¿Eres buena? ¿No serás como el mar que invita la barca á salir, con el centelleo de sus olas que reflejan el sol, y luego la envuelve con una de sus rápidas tormentas, hundiéndola en el averno? ¡Alma peligrosa, alma delirante!

¿No me sucederá que dejándome llevar por lo bueno que hay en tí, me eches náufraga sobre un arrecife solitario, donde mi corazón sediento de grandeza descubra en tu cáliz la esterilidad de las aguas lóbregas y saladas? ¡Alma frívola, alma pequeña!

No debes ignorar que el genio idealista aspira á un amor eterno y á una virtud infinita. ¿Sientes como yo el afán de inmortalizar nuestra amistad? ¿te desespera como á mí la idea de los horizontes que se hallan más allá de aquella línea que cierra la perspectiva, porque hace adivinar cuánto tendrán que vivir nuestras emociones?

¿Eres fiel, eres buena? No puedo dejar de interrogarte, y sin embargo, ¿por qué perseguirte con mis dudas? Sé que el mar oculta en su seno la podredumbre de los moluscos muertos y de las algas descompuestas, ¿porqué voy á asustarme de lo malo que hay en tí?

Si me preguntas á tu vez si soy constante ¿qué diría? Yo también soy desigual en el afecto y la virtud. Tengo momentos en que pudiera ser la compañera de los dioses y otros en que no merezco que me alegre el aleteo de una gaviota. En una hora renuncio cien veces á quererte y vuelvo á abrazarte cien veces con el calor de mi ternura.

Mis fibras nerviosas obedecen á tus vibraciones psíquicas, que alternativamente me ofenden y acarician. Recojo tu imagen á fragmentos, entre las piedras y el cieno que traes del fondo de tu pecho. Espero el instante de contemplarte cuando te suavizas, semejando una ondina que recibe el beso de las estrellas, y te expandes dilatando tu mente como el océano extiende su poder para llevarnos seguro á continentes lejanos.

Cuando me despedí del mar y me fuí, creyendo extrañarlo, me encantó el arrullo de los ríos y ahogó mis recuerdos. Pero regresé á la costa y saludé de nuevo el mar, y me olvidé de los torrentes andinos. No lloraré por tí cuando estés ausente, pero te encontraré después de

cada separación y te amaré constante en medio de la inconstancia.

No me importan los amores que tengas, ni los desengaños que me causes: serás siempre mía, porque me has atraído hacia tí, alma misteriosa, alma compleja. Soy tu amiga, y no tengo el derecho de rehusar rivales, ni motivo para imponerte condiciones, ¿No ves que lo mejor que te concedo es la libertad que necesitas para pasear las regiones inmensas del universo?

Tú buscas errante un algo que te sugiere la atmósfera oxigenada del mar. En alas del deseo te suspendes en el espacio, hasta encontrarte presa de un cansancio mortal. Los vientos fríos arrugan tu plumaje; las corrientes eléctricas atraviesan tu cuerpo; tiembblas. Aspiras el dolor de las tardes tristes, y la bella melancolía de las noches de luna.

La naturaleza derrama á tus pies sus tesoros, corales y perlas, colores y luces; y las marejadas se los llevan.

A la sombra de la roca hospitalaria está tu nido, la amistad que es la esencia de todos los amores, la solución de todos los problemas pasionales de la tierra.....

Parece que se hubiera roto el lazo que nos unía; ni un pensamiento nos enviamos yo á ti ni tú á mi. Floto en el éter celeste. Los sistemas solares ruedan en el vasto medio que nos circunda; mis energías han sido llamadas á faenas nuevas, que no puedo describir por ser tan raras y extrañas. Los que fueron esposos y amantes, hermanos, hijos y padres, vagan libremente en su amplia prisión, el infinito, de la cual nadie escapa, porque todos tienen la vida y la memoria perdurables. A veces se arrojan de lejos recuerdos preciosos, ó se pierden de vista, y resurgen con la rotación de los círculos cósmicos radiantes y navegan juntos, forjando una cadena de momentos felices.

En ese caos que devuelve los muertos, nadas tú. Esta no es la bienaventuranza que soñaron los místicos. Aquí hay penas é incertidumbres sin fin. Siempre la misma mezcla de lo santo y lo profano; siempre la perpetuidad sublime del carácter á través de los cambios evolutivos. Las olas nos sumergen y nos elevan; desaparecemos y reaparecemos, unas veces tú más perfecta y otras veces yo. Sin pensarlo evocas una chispa fosfórica del negro abismo, y al ver ese símbolo te reconozco ¡alma inmortal, alma elegida!

DORA MAYER.

Callao, agosto de 1906.



EL ANGELUS



A CARLOS DIAZ DUFOO

Cuando en torno miró, ya estaba sola;
 en su doliente pecho,
 como una inmensa ola,
 alzaronse la pena y el despecho:
 llevó las manos á los negros ojos,
 sacudió con dolor la blanca frente;
 en tanto que en el término del día
 naufragaba la luz, entre los rojos
 océanos de fuego de Occidente.

Las lágrimas amargas que vertía,
 los suspiros que á veces exhalaba,
 en su seno la tarde recogía.

Era la hora del misterio hondo;
 la claridad colgaba
 aún, en los picachos, sus crespones;
 y del oscuro fondo
 la onda de la noche se elevaba
 al toque sacrosanto de Oraciones.

«El Angel del Señor»..... entre sus labios
 murmuró la plegaria huyendo luego.....
 No pudo levantar el dulce ruego,
 sintió en la boca todos los resabios
 de la boca de él, boca de fuego.....

¡Era una niña tan sencilla y pura!
 ¡Siempre le vió con tanta confianza!
 Surgió como una hostia en lontananza
 La luna deslumbrante de blancura.
 Lo recordaba.... Niños persiguieron
 (¡ay! símbolo quizás de su esperanza)
 la misma mariposa en la espesura;
 juntos lloraron, juntos sonrieron,
 al través de sus lágrimas, rocío
 que bañaba el jazmín de sus mejillas
 al tornar regocijo los enojos;
 no hubo entre ellos jamás tuyo ni mío;
 del torrente en las ásperas orillas
 la coronó una vez de lirios rojos.
 ¡Cuánta inocencia la niñez encierra!
 ¡Qué diáfanos y puros sus anhelos
 sobre la verde alfombra de la tierra,
 bajo el toldo esplendente de los cielos!

«Anunció á María..... y ya no pudo
 seguir porque aquel beso le sellaba
 el capullo de lirio de la boca,
 y puesta de rodillas sollozaba.
 Creyó mirar en apartada roca
 la sombra de su madre, á la indecisa
 luz moribunda que el espacio irisa,
 pero se desvanece si la invoca.
 ¿Iba á volverse loca?.....
 «¡Mamá! ¡Mamá!» clamó. De la campana

repetía el acento entre los montes:
 «Llena eres de gracia». Alzóse ufana
 y miró los inmensos horizontes.

Vórtice de oro la fulgente grana
 habíase tornado en el Oeste,
 franjeado por ráfagas de plomo;
 lenta palidecía el áurea veste
 de la luz espectral, en las alturas;
 y volvió á la oración la niña, como
 el naufrago se ase entre las olas
 al leño que se ofrece en las llanuras
 del mar, con Dios y con la muerte á solas.
 «Ave..... Ave María,
 llena eres de gracia», repetía.
 «El Señor es contigo», la campana
 dijo con voz solemne á sus oídos.

Ella cayó de hinojos
 entre las sombras de la noche arcana,
 comprimiendo del pecho los latidos,
 llenos de luz y lágrimas los ojos;
 sin duda iba á venir por la mañana!

Era huérfana y pobre..... estaba sola;
 él era bueno, amábale por eso:
 y estalló por sus labios una ola
 que le quemó la boca: era aquel beso.
 Pero sintió el placer de los placeres
 serpear por sus venas,
 al escuchar como rumor, apenas:
 «Bendita tú entre todas las mujeres».

.....
 «Bendito el fruto de tu vientre»... Un grito
 se escapó de su boca contraída.....
 Una estrella radió en el infinito;
 al mirarla cayó desvanecida;.....
 y piensa que la noche tiene garras,
 que una boca se pega con la suya,
 oye chocar salvajes cimitarras
 y que clama una voz: tómala, es tuya!

Cuando ella volvió en sí, miró hacia arriba;
 y contemplando del amor la estrella,
 sintió que su alma virginal se iba
 y que el alma de madre entraba en ella.

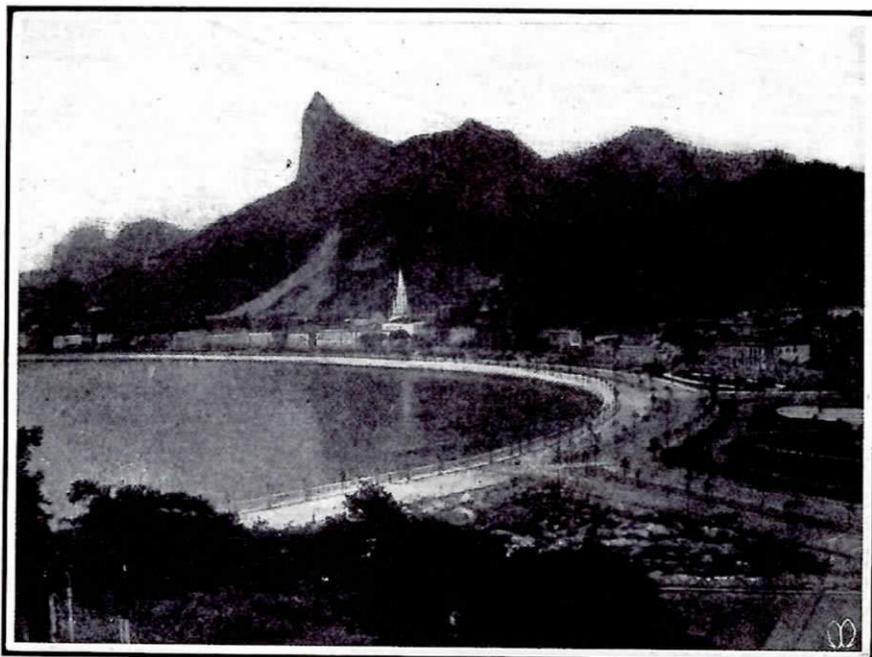
Y puesta en pie, de espaldas al pasado,
 roto de su pureza el blanco broche,
 alzó la frente con dolor callado;
 y silenciosa y triste, pero erguida,
 como el mundo en las sombras de la noche,
 penetró en las tinieblas de la vida.

JESÚS E. VALENZUELA.

❧ RIO JANEIRO ❧



VISTA DE RIO JANEIRO Y DEL CERRO PAN DE AZUCAR



EL BOTAFOGO Y EL CERRO "EL CORCOBADO"





La reina Amelia de Portugal

No se atribuirá á adulación cortesana, el comentario que nosotros, hijos de una república tan distanciada de Portugal, hacemos ante el retrato de esta hermosura.

Así debían ser todas las reinas que se forja la imaginación de los pueblos.

Donde no hay reinas por derecho divino, preciso es que las haya por fuero artístico ó humano.

El trono de Amelia no está en Lisboa: lo lleva á todas partes con su retrato. La belleza y la bondad se abren más camino que las escuadras y los ejércitos.

JUAN LORRAIN



El más brillante, el más impertinente, el más seductor, el más aborrecido de los escritores modernos, Jean Lorrain, ha muerto.

Otros os dirán el gran artista que fué este colorista que ha descrito tan maravillosamente la Rivére, Túnez, Holanda y su París. Fué el hombre más atrevido en pintar vicios y ridiculeces de su tiempo. En él había un visionario que agrandaba lo real hasta lo sublime y hasta el horror. Nada más conmovedor que su cuento en verso de Yanthis, sus Princesas de marfil; la leyenda se afina más al pasar por su cerebro: nada más terrible que su Monsieur de Phocas, su Monsieur de Beuquelón, su Escuela de las solteronas.

Me imagino que Lorrain era entre nosotros el brujo Hans tocador de flauta, que al sonido del instrumento encantado obligaba á todas las caretas convencionales á caer y descubrir la perversidad profunda y enfermiza de seres disgustados por la vida normal, y enloquecidos por la necesidad de sensaciones raras. Se había formado una leyenda abominable. Su reputación se asemejaba á esas capas de vagabundos magníficas y manchadas de fango.

Cuando escribía en el *Journal* sus Pall-Mall que encantaba á París, se documentaba con la gente de librea, al acecho de todas las frases crueles y pintorescas que salían de boca de esa servidumbre sobre sus amos. Acudía á los «bars», á las cantinas, donde los *chauffeurs* «más interesantes», decía él, contaban las aventuras, los vicios, las manías, las ruindades de las personas á quienes servían. Y cada semana surgía un retrato burilado con agua tan corrosiva, que el personaje quedaba pintado para siempre.

Detestaba á la mayor parte de las mujeres. Se ha dicho que era nuestro Schopenhauer. No es cierto.

Lorrain aborrecía á las mujeres pedantes, pretenciosas, viciosas. Amaba á las virtuosas. Ha dicho de las mujeres inteligentes, buenas, seguras, que fueron sus amigas, palabras que iban al corazón.

Aparte de todo, su madre estaba para advertirle que no todas las mujeres son monstruos. Su madre que decía llorando. «He sufrido tanto por mi hijo, he sufrido tanto con él, que sé lo que es amar.» Su madre, ya anciana, le servía de secretaria, con una paciencia que recordaba la dulzura de las veladas, cuando el hijo era muy niño. Allí, á la menor llamada, á la menor pena, leyendo, escribiendo, daba á su hijo lo que él buscaba: la calma benéfica.

He aquí una frase de Lorrain, pocos días antes de su muerte. Le decían después de una historieta maravillosamente contada:

—¡Cuánto ama la vida!

—Sí. Soy como los enfermos. Me suspendo de todos los minutos para vivirlos.

Era entonces semejante á ese retrato tan asombroso que Lafandara exponía en el Salón de estos últimos años: alto, robusto, la cabeza erguida, la mano derecha puesta sobre la cadera á modo de un César Borgia: la boca burlona, el párpado caído, y esa curiosa mirada oblicua, parecida á esas piedras preciosas, que engastaban ostensiblemente sus dedos.

Parecía decir al transeunte detenido delante del cuadro:

Ten cuidado, porque te acecho.

Pero entonces era rubio. Como sus amigos se sorprendieran al verle con cabellos grises, decía á unos.

—Es la alquimia.

Y á los otros.

—Sólo las mujeres se ponen rubias al envejecer.

En la pequeña iglesia donde se le ha llorado mucho —porque sus amigos le adoraban— las lágrimas sinceras habrán sido dulces, alrededor del féretro, embalsamado de rosas, de ese encantador que no quería morir.

GABRIELA REVAL.

POSTUMA



Siempre, con gozo bajo el fuego ardiente
del sol, la tierra iluminada ví.

Cuando yo me halle de la tierra ausente
y contemples el sol resplandeciente,
acuérdate de mí.

Siempre que ví irradiar la misteriosa
faz de la luna, triste me sentí.

Cuando yo duerma, en mi ya abierta fosa
y alces los ojos á la luna hermosa,
acuérdate de mí.

Siempre que ví la mar, á la esperanza,
no sé porqué, mi corazón abrí.

Cuando llegue la muerte, que ya avanza
y contemples la mar en lontananza,
acuérdate de mí.

Siempre amé de los cielos el paisaje
que en las serenas tardes descubrí.

Cuando mi cuerpo en polvo se desgaje
y en los campos admires un celaje,
acuérdate de mí.

LUIS BENJAMÍN CISNEROS.



Lima al vuelo

¿Qué hay tras un día de jolgorio? ¿Qué frío del alma llevan estereotipado las fisonomías vistas después de un sarao? Interesante sería y digno de un talento sutil, como en Lima los hay, hacer un revelador estudio de ese decolorarse de la realidad elegante, despojándose de la diáfana gasa que su esencia parece más que su envoltura. Llévanos á estas divagaciones el revés de las fiestas en honor de Mr. Root. ¡Qué días más pesados, esplináticos, turbios y soporíferos! Gracias á que el sol viene haciendo ya sus guiños y dándonos esta ilusión de primavera! Si no fuera por estas limosnas de luz que Febo nos concede, la iluminación del Parque Colón tendría hoy reminiscencias de capilla ardiente, así queda de aperreado, laxo y compungido el ánimo después de tal derroche de exaltación coreográfica, facundia oratoria y *corriente* de la empresa Santa Rosa.

Con mucha frecuencia hemos oído decir: «¡Psché! En Lima vivimos en primavera perpétua». ¿Será efectivo? Si lo es, y á eso se agrega que somos de la raza nueva de América, ébria de juventud y de energía, ¿cómo se explica que nos devore ya el spleen y que nuestros jóvenes tengan como el personaje de Daudet arrugas hasta en las uñas?

No sabemos si algún Nietzsche de acá se preste á examinar el origen de la tragedia nuestra. En cuanto á que existe, pruebas fehacientes hay; una de ellas es la depresión de ánimos y la falta de acontecimientos que sucede aquí á las fiestecitas; varios escritores han rozado este conmovedor punto. Todos casi atribuyen, quién ya á los descabros del 79, ya al clima enervante este reblandecimiento de la voluntad, que nos encoje, ó este *resentimiento* en que nos sepultamos, parecido al de

Rousseau. Y hay quien firmemente asegura que si á don Francisco Pizarro no se le hubiese ocurrido escojer el valle del Rímac para fundar y establecer la capital del virreinato, hoy el Perú, más que un país simpático, curioso y rico únicamente por tradición, sería una potencia militar y económica de la presente América.

Pero, es el clima. ó son nuestras *epopeyas* del pasado? Ello es que somos un poco maduros; están limadas en nosotros las puas y asperezas de la juventud. Pasa con los hombres—y los aficionados limeños perdonen esta limeña comparación—lo que pasa con los toros en las corridas. Vemos salir de la estrecha puertecilla una bravía res, despanzurra á los caballos, derriba á los ginetes y siembra doquiera el terror. Las primeras varas de los picadores entibian su ardor, las banderillas lo enfrían casi y por lo regular si no va al encierro, muere con relativa docilidad.

Nosotros estamos en esas condiciones á causa de los descabros. Mas no hemos de ser como Anteo? Los descabros no empequeñecen ni anulan. Siempre sale de ellos una floración de otoño. Nuestra postración obedecerá á móviles más profundos, á taras de la raza, á imperativos categóricos difíciles de precisar? ¡Quién sabe!

«La juventud viene con la edad» exclamaba una madura heroína no recordamos si de Bourget ó de Prevost. Ciertamente que pasa con los hombres y con los pueblos, lo que hemos dicho de las corridas de toros, pero también les acontece lo que á los vinos, los comediantes y las jamonas. Mientras más viejo es un vino es más delicioso, mientras más sobre las tablas ha vivido un cómico, mejor hace su papel, y en punto á jamonas hermosas..... punto final.

DON SILVERIO.

Almas y Cármenes

Con este título ha publicado últimamente Jesús E. Valenzuela, en México, un precioso tomo de poesías.

En la fecunda tierra mexicana donde hay tantos bardos ilustres, no es fácil conquistar el aplauso; y Valenzuela poeta de inspiración verdadera, lo ha conquistado con el libro de que damos cuenta.

Amado Nervo, le dedica el prólogo, y registramos en este número de PRISMA una de las más originales composiciones de *Almas y Cármenes*, que justifica nuestros asertos.

Sucesivamente iremos reproduciendo algunos trabajos más de este poeta á quien conocimos también en su país por uno de los hombres más hidalgos y generosos.



JESUS E. VALENZUELA

✦ T A R M A ✦



VISTA GENERAL DE LA CIUDAD



ESCUELA FISCAL MIXTA DE "CARHUACATAC" A DOS Y MEDIO KILOMETROS DE LA CIUDAD DE TARMA
El Prefecto del Departamento y comitiva el día de su visita oficial. — Setiembre 1906

Esa escuela campestre de la provincia de Tarma, no puede ser para nosotros más sugestiva.

Bien poco representa en sí misma; pero, su significado es mucho, si se piensa en el abandono en que han crecido hasta ahora los pobres indiecillos de nuestra sierra.

La escuela es mixta. Allí están los primeros contingentes arrancados al bárbaro pastoreo para alistarse en las filas de la humanidad que progresa. Son los primeros náufragos que se asen al madero de la enseñanza.

Multiplíquense esas escuelas y á la vuelta de algunos años, serán millares los indiecitos de ambos sexos en la República que aspiren á mejorar su condición, aprendiendo un oficio, interesándose por todo aquello que es hoy ante sus miradas incomprensible.

Las escuelas elementales son para el niño el primer rayo de sol en la obscuridad del cerebro, el *fiat lux* de muchos hombres que se ignoran á sí

mismos, y pueden considerarse como enterrados vivos del alma.



PLAZA PRINCIPAL DE TARMA



DIRECTORES PROPIETARIOS Y SUPLENTE DEL BANCO ITALIANO
Banquete ofrecido el 16 de setiembre por el nuevo Director señor Juan Alavena

Fot. Moral

LOS ESTUDIOS LITERARIOS

CON este mismo epígrafe, nuestro colaborador y amigo D. Raimundo Morales de la Torre, acaba de imprimir su tesis doctoral, y nos adelantamos á reproducir algunos párrafos de esa tesis, seguros de obsequiar con una bella producción á los lectores de PRISMA.

Comienza bien é irá lejos el que en corta edad todavía, exhibe como el señor Morales de la Torre, tanta madurez de juicio en la Universidad Mayor de San Marcos.

Entre las corrientes literarias perniciosas, se señala en nuestros días el *immoralismo* de Nietzche. No estamos en el Perú exentos de contagio y es preciso atender á que la difusión de la doctrina de Nietzche y de otros pensadores análogos, es uno de los más terribles males que pueden sobrevenir á naciones nuevas, de sentido moral, vacilante é incierto; de caracteres débiles y de tradición ineficaz ó caduca. Y no cause extrañeza que trate en este lugar de la influencia del *immoralismo nietzchano*, porque éste es más literario que filosófico. Literaria es su exposición, principiando por *Zaratustra*, obra capital del gran maestro; literarios sus atractivos que son la originalidad y el picante sabor de lo paradójico y atrevido; literarias las poéticas metáforas en que abunda y literario en fin, el campo en donde ejerce preferentemente sus estragos.

Los que siguen las enseñanzas destructoras de Nietzche, quedan sepultados ó asfixiados entre el polvo de los edificios que se derrumban; y, como no pueden alcanzar la realización del *Super-hombre*, redentor del pasado y aurora de nuevo día, sólo parecen una legión de fantasmas barrocos y faltos de contornos, pobres almas abandonadas á merced del huracán, pobres seres que el mismo *Zaratustra* compadece y retrata en su admirable diálogo con la sombra; porque al fin exclamarán como ella..... «Yo soy un viajero que há ya mucho tiempo te he venido siguiendo muy de cerca: siempre en camino pero sin punto donde ir y sin hogar; de suerte que me falta poco para ser judío errante, salvo que no soy ni judío ni eterno.»

¡Cómo! ¿He de estar siempre en camino? ¿He de verme arrastrado sin tregua por los remolinos de todos los vientos? ¡Oh! tierra te me vuelves demasiado redonda!

Ya me he posado en todas las superficies; á manera del cansado polvo, me he adormecido en los espejos y en las vidrieras. Todo toma de mí; ¡nada me da!, yo adelgazo, parezco casi una sombra.....!

Y luego dirigiéndose á *Zaratustra* su maestro admirado le dice: «Contigo he vagado por los más lejanos y frios mundos, como un fantasma que se complace en correr por encima de techos invernales y de nieve.

Contigo he aspirado á todo lo prohibido, á todo lo peor y más lejano; y, si alguna virtud hay en mí, es que no temo ninguna prohibición.

Contigo he aniquilado eso que alguna vez adoré mi

corazón, he derribado todas las vallas y todas las imágenes, corriendo en pos de los deseos más peligrosos: realmente he pasado una vez por todos los crímenes.

Contigo he olvidado la fe en las palabras, los valores y los grandes nombres.....»

«.....¡Ay! ¿A dónde se ha ido todo lo que es bueno y toda vergüenza y toda fe en los buenos? ¡Ay! ¿A dónde se ha ido esa inocencia engañadora que antes poseí, la inocencia de los buenos y de sus nobles mentiras?»

Con harta frecuencia he pisado los talones á la verdad y ella me ha saltado entonces á la cara. A veces creía mentir y es el caso que sólo entonces tocaba la verdad.

Demasiadas cosas se han aclarado para mí; ahora ya no me importan. Nada vive ya de lo que yo amo. ¿Cómo podría amarme aún á mi mismo?»

Vivir como me plazca ó no vivir de ningún modo: eso es lo que quiere también el santo. Pero ¡Oh desventura! ¿Cómo podría yo complacerme aún?»

¿Tengo yo todavía un fin?.....¿Un puerto donde vuele mi vela? ¿Un buen viento? ¡Ay! Sólo el que sabe donde va sabe también cual es su viento próspero.

Qué me queda? Un corazón fatigado é impertinente, una voluntad inestable, unas alas estremecidas y un espinazo roto.....»

Nietzche ha compendiado en esta página la triste queja de todas sus víctimas, de todos los que le escuchan y le siguen. Para ellos tiene frases como éstas: «Vagabundos como tú acaban por encontrarse hasta en una cárcel. ¿Has visto alguna vez como duermen los criminales presos? Duermen tranquilamente, gozando de su nueva seguridad.

Mira, no acabe de apoderarse de tí una fe estrecha y sólida, una ilusión dura y severa. Porque ahora te tienta y seduce todo lo que es estrecho y sólido.»

Y luego invita al que le oye y cree en él, á que suba á descansar en su caverna. Subir á esa caverna es alcanzar su pensamiento ó talvez es más: es llegar al *Super-hombre*, á la última y nueva ilusión; porque si Nietzche es filósofo y es humorista, también es soñador y fué de su alma de vidente y de poeta de donde surgió lejano y hermoso, el gran ensueño del *Super-hombre*,

Perniciosa es esta doctrina en su influencia sobre los individuos y más perniciosa todavía, si se generaliza su sectarismo sobre una sociedad entera. Nuestra sociedad débil sería un medio propicio para su desarrollo porque, aunque aparentemente parezca una contradicción, las épocas y los países de voluntad enferma son siempre los que con más fervor han acogido las teorías de la negación de la Moral y del entronizamiento del derecho del más fuerte. Ejemplos: los pueblos orientales indolentes y pesimistas, Grecia y Roma en su decadencia é Italia en el siglo XVI que fué el siglo en que se hizo permanente en ella la dominación extranjera. Y se comprende la razón de este curioso fenómeno. La virtud

es siempre hija del esfuerzo y el Derecho, antítesis de la brutal tiranía, luce para las sociedades que saben conservar intactas la dignidad y la fibra viril. El despotismo, la supremacía incontestada del más fuerte, la tiranía que es consecuencia de las doctrinas inmoralistas, sólo se sientan de modo perdurable sobre almas menguadas y pueblos envilecidos. Por eso no es aventurado afirmar que para nuestro tiempo y nuestra raza las doctrinas de Nietzsche significan á la vez un producto de decadencia y una máscara, disfraz de debilidad.

Por último, entran en una tercera división los maestros del análisis objetivo ó por mejor decir, el naturalismo de Zola y de Maupassant, de sus discípulos é imitadores. No pudiendo abarcar estos observadores, la vida entera en el complejo y múltiple conjunto de sus acciones y reacciones, sólo la contemplan y la estudian exagerándola, como Zola en sus vicios y deformidades, ó la miran como Maupassant, con criterio más amplio y psicológico, pero que tampoco alcanza á encerrar la inmensidad del problema. Sólo cae bajo su lente y su escabelo un tipo de degeneración, un defecto general, una clase social ó la sociedad de una época; y su manifiesta predilección para pintar el lado menos halagador de la existencia, hace que sus obras sean parciales é incompletas.

De generalizar estas ideas, de creer que la psicología de un grupo humano es la de la humanidad, nacen los grandes errores á que pueden conducir y el desencanto que inculca, porque la tristeza y desolación derramada en sus libros á manos llenas, nos sugiere la imagen de la realidad: como una caravana lenta y fatigada que desfila por el interminable arenal, bajo la crueldad del sol, con su pesada carga de agostadas esperanzas, de muertas ambiciones, de vidas truncas, de dolores y de monotonía. A pesar de que esta escuela está hoy en decadencia; á pesar del triunfo manifiesto del *neo-idealismo*; á pesar de que el *neo idealismo* con to-

das sus exageraciones fué una reacción inmediata y lógica, es posible que, dadas las tendencias científicas, la invasión del utilitarismo y el predominio de las ciencias naturales, vuelva á resurgir, ahogando á las escuelas hoy reinantes. Su resurgimiento sería peligroso, porque por su misma naturaleza esta doctrina, accesible al mayor número, no se encierra entre cenáculos y élites.

Sería largo y difícil seguir enumerando y caracterizando todas las literaturas opuestas al fin moral y social de la educación. En este grave problema se encerraría el señalar minuciosa y detalladamente, todas las escuelas y tendencias artísticas que siguen ideales no acordes con los fines pedagógicos. La obra del maestro es la que prácticamente debe realizar el problema. Nuestra apreciación no tendría más importancia y trascendencia que la de una opinión personalísima; por eso al concluir este capítulo, nos reduciremos á esbozar como rumbo general, la conclusión que en nuestro concepto, puede deducirse de estas pocas páginas.

Se habría interpretado mal mi pensamiento si se creyera que yo condeno estas literaturas por lo que son en sí. Hijas fatales de una edad de criticismo y de análisis, productos necesarios de una época de transición. Sólo les niego valor educativo, provechoso y moral. Son malsanas en la enseñanza, porque las primeras lecturas dejan en las almas jóvenes surcos indelebiles; y si estas lecturas son perniciosas y corrosivas, el resultado que se obtendrá será sembrar la incredulidad en todas sus formas y el descorazonamiento en su más desoladora amplitud. No quiero decir tampoco que se excluyan de las cátedras y que los maestros sean *Inquisidores* literarios, nó, sólo digo que es en ellos, sagrado deber, mostrar la hondura de los precipicios á que conducen, enseñar vida y energía para evitar los desfallecimientos, y hacer amar una literatura robusta, sana y viril, en contraposición á la debilidad y á las tendencias enfermizas ó afeminadas.

PEDAGOGIA GENERAL

Hemos recibido este interesante libro debido á los conocimientos del doctor don Agustín T. Whilar, y fluye de su lectura la convicción, no nueva por otra parte, de que su autor es toda una competencia en ramo tan importante del saber humano, y que no tiene muchos cultores en Sud-América.

Dedicado á la memoria del gran educacionista argentino, doctor don Francisco A. Berra, suma este libro un caudal de experiencias considerable, y se distingue de otras publicaciones del mismo género, por la claridad del estilo, la precisión y admirable método con que inicia el autor al más profano en cuestiones de orden científico.

La *Pedagogia general* de Whilar no es un libro abs-

truso que solo está al alcance de los profesionales. Tiene amenidad bastante aún para aquellos que buscan el simple entretenimiento con la lectura. Abunda en observaciones originales, y puntos de vista propios del que actúa en la vida escolar hace largo tiempo, pues ya sabemos que el doctor Whilar no es un teórico que se inspira únicamente en los escritos ajenos, sino un maestro práctico, un hombre que estudia á la naturaleza en las fuentes vivas de la enseñanza.

La bibliografía patria se enriquece con una obra de carácter fundamental, y no dudamos que su autor que goza de celebridad en el extranjero, encuentre una vez más fuera del Perú los aplausos que aquí escasean para todo el que no vive de la política.

EL CRUCERO "LIMA" CON SUS ULTIMAS REFORMAS



1. Cañón de popa de 100 mltrs. — 2. Crucero «Lima». — 3. Revista á bordo. — 4. Cañón de 100 mltrs. — 5. Comandante Ernesto de Mora. — 6. Cañón de tiro rápido. — 7. Momento del disparo. — Culata del cañón de 100 mltrs. — 9. Oficialidad del Crucero. — 10. Vista de popa. — 11. Tripulación

CALLAO



Monumento á Grau en la plaza de su nombre

Paisajes y emociones

Para M. MARTIN FERNANDEZ

I

¡TODAS las noches, después de la cena, al mismo tiempo que en el piano del salón una mano blanca despierta elegantes nostalgias parisienses, allá en el otro extremo del barco, en la lejana proa poblada de marineros, un acordeón muy viejo se estira entre manos negras de carbón. Y poco á poco, bajo las estrellas parpadeantes, en la quietud fresca de la hora, en el bienestar de la labor cumplida, poco á poco á medida que la sombra aumenta y que la brisa acelera su vuelo; poco á poco los bronceados tripulantes se olvidan de que ya la tierra de Europa está lejos; y embriagándose en ritmos tradicionales vuelven con la imaginación á la natal... ¿Marsella? Marsella ó Liorna, Nápoles ó Valencia, Palermo ó Génova, Tolón ó Barcelona, lo mismo da. A medida que los hombres se alejan, sus patrias se agrandan.

La raza rompe las barreras políticas. La poesía del cielo, del clima, une á aquellos que se encuentran desunidos por la ley. Y así como en los del del Norte, entre las brumas heladas, los marinos de Bretaña, de Irlanda y de Escandinavia se abrazan cantando los mismos cantares de muerte, así aquí, en los confines del mar divino, los hijos de Provenza, de Cataluña y de Cerdeña fraternizan en un canto de vida, de alegría.

¡El cantar de los marineros! Basta con oirlo una vez para comprender todo lo que encierra y todo lo que representa.

Tierra adentro se dice que la historia de los cantos populares es la historia de las civilizaciones. En las playas puede decirse más: puede decirse que los cantares son la verdadera patria de los marinos, lo único que no se separa de ellos, lo que en los buenos como en los malos instantes, les habla del hogar, algo como una telegrafía que mantiene en contacto sus almas con las almas que se quedan en la costa. Así, estas coplas que yo oigo por las noches en la proa, son las mismas que se cantan en las tabernas del puerto viejo de Marsella y en las de Barcelona y en las de Génova.

«En cada una de las ciudades que componen esa especie de confederación mediterránea, más antigua que Tiro y los fenicios—dice Cantineli—el marino encuentra las mismas costumbres y con las mismas palabras pide lo que necesita: el carbón, los víveres, el aguardiente, el amor. Por todas partes son las mismas cosas. tomates, pimientos, aceitunas, naranjas; los mismos vinos espesos y perfumados; los mismos besos de fuego. Es la raza astuta, alegre, de la Odisea, siempre la misma». Y esto que el erudito descubre estudiando y que el viajero comprende observando, el poeta lo adivina con sólo oír unas cuantas canciones. En efecto, es la misma raza aventurara, regocijada, irreverente y voluptuosa de los compañeros de Ulises. En sus coplas, nada de quejas, nada de brumas, nada de melancolías. Nunca una estrofa mística. El cielo para ellos es esa cortina azul.

En cuanto al infierno, que tan gran papel desempeña en los cantares del Norte, aquí está encarnado en los ojos morenos en que se incendian las almas.

¡Cómo ríen, cómo viven estas coplas que acompaña el acordeón provenzal! Es la musa pagana, la de los griegos sanos y voluptuosos, la que las inspira.

Oid:

«Nuestro cura sin cesar—al púlpito sube para gritar—contra la pereza y la gula.—Yo tiemblo sólo de oirlo.—¡Qué bien le va hablar así—él que está redondo, redondo—él que tiene siete papadas—él que duerme en

cama de plumas—él que posee una sobrina—él que hasta en la nariz lleva un soberbio pimientito con aceite!...»

Y todos ríen cantando en coro; y el acordeón también ríe. Es una fiesta aristofanesca, con olor de ajo y de vino, en la que, si una idea triste se presenta, en el acto se la barre con un gran sople de vida alegre.

«El invierno en las cuerdas muge—pero en verano el sudor nos inunda;—todo es penar, hermanos, todo;—por eso allí está la taberna—que es la casa de la dicha—con sus muchachas sinvergüenzonas—con su patrón que da fiado—con vinillo condenado—y con sus banquillos para tirárselos á la cabeza al que haga trampas;—¡vengan las barajas, venga el vino!».....

Esto, en la lengua gorjeante de los provenzales, suena á poesía antigua.

II

¿Qué se han hecho mis deliciosas compañeras de viaje? Las esbeltas capitanas y las mejestuosas comandantas, las sonrientes hijas de procónsules coloniales, las albas compañeras de los viajeros opulentos, ¿qué se han hecho?....

Me acuerdo que en Marsella, la tarde de nuestra partida, subieron por la escalera de estribor con esbeltos de estatuas y ligerezas de pájaros. ¡Qué bien se veía que estaban orgullosas de embarcarse en un buque de los que van más lejos, en un buque de la carrera de China y del Japón, en un buque acostumbrado á escapar á la *mousson* del Océano Índico y á los tifones del mar amarillo! Sus pupilas se dilataban de placer y sus labios una sonrisa decía el orgullo íntimo.

Luego, el adiós supremo de los pañuelos....

Luego, la sorpresa de la hélice que palpita.....

Luego, el ensueño. ¡Y qué bonitas estaban en sus sillas de bambú, envueltas en la luz púrpura del crepúsculo! En apariencia, contemplaban el mar; el cielo, la costa que disminuía. En realidad, se contemplaban á sí mismas, viéndose en un caso tan grave, ante la perspectiva de un alejamiento tan largo, enternecíanse de sí propias. Se enternecían y se admiraban. Y eran, mezcladas, en sus almas de muñecas, rápidas alegrías y fugaces penas y orgullos, muchos orgullos, y también curiosidades, también temores y también nostalgias.

—¡Ah! ¡París!....

—¿Y allá lejos?

La campana que anunció la primera comida á bordo, las sorprendió en sus soñaciones llenas de preguntas al porvenir y de suspiros al pasado.

El mar parecía un lago. Todo el mundo lo decía.

—Se mueve esto menos que un ferrocarril, ¿no es cierto?

Una ola contestó. Era una ola irreverente. El barco entero se detuvo un centésimo de segundo, la proa salió del agua; la hélice, más que antes, palpitó. Algunos minutos más tarde, otra sacudida. Luego, otra, otra.

Ya ninguna boca linda se abrió. En las mejillas, una palidez general reinaba. Al fin, una dama se levantó. Las demás, rápidamente, la siguieron. Las sillas largas del puente viéronse de nuevo ocupadas, pero ya no de siluetas soñadoras y sonrientes, ya no de esbeltas figulinas de París, sino de lamentables fantasmas lívidos.

Y desde entonces—¡oh, cuán largo es el tiempo sin sonrisas!—desde entonces los velos espesos han cubierto aquellos rostros tan lindos, y grandes mantas ridículas han envuelto los cuerpos mareados.

III

Ya la tierra francesa había desaparecido en el fondo. Estábamos en la copa azul sin mancha, en la copa de esmalte, entre el cielo, que era un zafiro etéreo, y el mar, un zafiro líquido.

De pronto, un oficial vino á sentarse ante un velador vecino del mío. Era un hombre pálido, flaco, de grandes ojos febriles y de manos descarnadas. Al cabo de pocos minutos llegó otro. Luego otro y otros. Yo estaba sitiado y por fuerza tenía que oír.

—Hermoso tiempo—dijo uno.

Los demás contemplaron el horizonte sin pronunciar una palabra.

Al cabo de unos minutos, otro preguntó:

—¿Nada de nuevo?..

Y como en la mañana, al pasar frente á las costas de Córcega, un telégrafo marino había hecho largas señas á nuestro bordo, yo temí los comentarios. Aquellos militares tenían que figurarse que en el diálogo de las banderolas se hablaba de paz, de guerra, de conferencias y de Marruecos. En tiempos como éste, nerviosos en extremo, los que desean grandes conflictos europeos viven ávidos de discursos llenos de exageraciones. En París, en los círculos militares, la efervescencia ante cada noticia es extraordinaria.

Pero mis oficiales de á bordo parecen de una raza diferente. Ni aquel primer día en que me encontré entre ellos en el *fumoir*, ni ninguno de los siguientes, han hablado de guerra, de diplomacia, de Delcassé ó de Bulow. Más aún: ni de Europa ni de Francia han hablado. Con los ojos fijos en el horizonte, contemplando el sol que nace, las nubes que corren, las ondas que se encrespan, el poniente que se incendia, fuman largas pipas y sueñan. Sus rostros lívidos, en los cuales las fiebres tropicales han puesto una infinita melancolía, no se animan sino en la noche, á la luz de las estrellas. Entonces, en grupos estrechos, fumando siempre graves, hablan, hablan mucho, pero sin mucha prisa, y se dicen cosas singulares de países extraordinarios.

Un compañero me ha explicado:

—Es—me ha dicho—que estos militares no se parecen á los orgullosos señores de la oficialidad parisiense. Son soldados de las tropas coloniales. Han hecho sus carreras en tierras africanas, mandando á los rudos senegaleses, ó en los confines del Anam, entre la hostilidad de los pueblos asiáticos. Han sufrido mucho. Han trabajado mucho. Cada tres años, enfermos, sin vida, sin aliento, tienen una licencia de diez meses para ir á curarse á Francia. Pero son pocos los que la aprovechan entera. En cuanto las disenterías y las fiebres desaparecen, siéntense deseosos de abandonar de nuevo la metrópoli para correr hacia las tierras lejanas. Europa les parece estrecha. Así, no tiene usted más que contemplar á estos compañeros de viaje: sus rostros expresan lo contrario de la nostalgia, el deseo de huir de las ciudades civilizadas, de perderse en espacios inmensos, de correr peligros y de descubrir tierras.

En efecto. Animados por un soplo del antiguo huracán que dispersó antaño sobre la faz de las tierras desconocidas á los grandes aventureros portugueses y españoles, estos coloniales nuevos, franceses, alemanes é ingleses sueñan en empresas de epopeyas. El uniforme les viene estrecho. Más que oficiales de un ejército, son cultivadores de una quimera. Ninguna ambición positiva y personal los guía. Viajan por viajar, sufren por sufrir. Y el único premio que obtienen al final de sus vidas, cuando ya muy viejos van á cuidar sus fiebres perpetuas y sus rudos reumatismos en sus aldeas natales, es poder contar, en las largas veladas de invierno, mientras la nieve azota sus ventanas, historias admirables de tierras tropicales donde las palmeras son gigantescos parasoles bajo el astro monstruoso.

IV

En esta cosmópolis flotante, entre los egipcios de

perfiles de ave de presa y los indos de grandes ojos ojeros, entre los japoneses cortos de talla y los anamitas femeniles, un personaje singular, suntuoso, grave y enigmático, interesa especialmente. Los oficiales franceses se acercan á él con respeto, y los niños viéndole desde lejos, abren sus bocas deliciosas.

Es un chino.

Pero no es un chino vulgar, un mercader, un banquero, no, ni siquiera un diplomático, sino un sabio chino, un chino doctoral, un chino que si no fuera imponente, sería caricaturesco. Su túnica negra, cubierta de dibujos áureos, deja descubiertos los pies descalzos. Sus lentes son redondos, como los que, en los retratos de Quevedo, miran con insolencia; pero muchísimo más grandes. Su trenza, en fin, su blanca trenza encanecida por el estudio, es una cola de rata interminable.

Se llama Ta-Yen.

Por la mañana, muy temprano, atraviesa solemnemente los corredores y va á refugiarse en un saloncillo algo obscuro de la popa. Un criado le sigue, llevando siempre sobre la cabeza hasta veinte infolios cubiertos de pergamino. Y el trabajo principia. El sabio estudia.

De vez, en cuando, al ver entrar á algún curioso, cierra el libro que lee; sonrío, se incorpora, pregunta.

—¿De dónde es usted?

Y con una voz fina y gorgojeante, como cantando, habla. Todas las lenguas europeas parecen serle familiares. Habla inglés, habla francés, habla italiano, habla portugués, habla español.

—El español es el que más he estudiado—me dijo el primer día que fuí á visitarle.

Luego, en buen castellano, me explicó por qué—Porque estoy preparando una obra en la cual hablo de que la América toda fué quizás descubierta no por Cristóbal Colón, sino por un navegante chino, un Colón amarillo.

Sin duda mi rostro indicó algún asombro irónico, pues Ta-Yen, siempre afable, se tomó el trabajo de explicarme que no se trata de una novedad, sino de una idea muy antigua y muy conocida.

—Ya en los Estados Unidos—me dijo—el sabio Masters ha publicado fragmentos de los doscientos treinta primeros volúmenes del *Yuen-Kin-Li-Han* ó enciclopedia china. Esos fragmentos establecen que, desde hace siglos, mis compatriotas están convencidos de haber descubierto Méjico. En todas las escuelas del imperio se estudia además una parte de otro libro, el *Wen-Hien-Tong-Kao*, que habla de eso como de un dogma científico, y hasta traza el itinerario que siguieron nuestros descubridores y que fué el siguiente: el golfo de Logo Tong, las tierras coreas, las islas del Japón, las islas Kuriles, las nieves de Alaska, el Oregón, la California y Méjico. En un principio, todas las tierras del Nuevo Mundo se conocieron, entre los geógrafos chinos, con el nombre general de imperio de Fu-San. En las leyendas antiguas, los poetas hablan de aquel imperio, como los europeos hablaron más tarde del Perú y de Nueva España.

—Entonces—preguntéle,—usted cree que... Muy cortésmente me interrumpió:

—Yo no creo nada. Yo busco. Yo estudio. Ahora acabo de pasar un año en Génova. Más tarde iré á España. En Méjico y en California he vivido veinte años, buscando siempre pruebas que me ayuden á creer. Tengo esperanzas... Pero nada más que esperanzas. ¡Es tan corta la vida! Sólo para leer bien una de nuestras geografías clásicas, se necesita una existencia. Los sabios americanos me han ayudado mucho. Además de Masters, Lobscheid es partidario de la América china. El gran Bancroft probó que en las venas de las azotecas circula sangre mongólica. Yo, por mi parte, he notado que el calendario mejicano y el chino son idénticos. Las arquitecturas primitivas de ambos países llamaron la atención de Humboldt. En fin, en las lenguas, no sólo

notamos que la escritura es igual en sus remotos comienzos, sino que una y otra son monosilábicas y carecen de *r*. Si á esto agregamos mil detalles, como la idea de la transmigración de las almas, las atribuciones de las divinidades domésticas, los amuletos, la creencia en que un dragón devora al sol en sus eclipses, las reglas monásticas, que son idénticas en la China antigua y en el antiguo Méjico, no podemos dudar por completo....

Una pausa.

Luego:

—Ni afirmar tampoco

Otra pausa.

Y para terminar, sonriendo siempre, siempre cantando, una sentencia digna de Anatole France:

—En el fondo, lo único que los sabios sabemos, es estudiar.

Después abrió un gran folio y dirigió hacia los misteriosos signos de sus páginas los dos lentes enormes que velan su mirada.

V

Ya muy al Sur del Mar Rojo, cuando el soplo de los desiertos hace la atmósfera irrespirable, aparece, á la derecha, una tierra armoniosa. Los pasajeros se amontonan en babor para contemplarla, con la esperanza de ver, aunque no sea sino vagamente, algo que indique vida, movimiento, libertad.

En un torreón blanco una bandera ondea, una bandera roja. ¡Y sólo Dios sabe lo que es una bandera para los que durante días y días no han visto sino el mar y el cielo, este mar inmenso reflector de incendio, este cielo llanura de ascuas sin fin!

Los que conocen estos parajes nos dicen el nombre de la tierra. Es la isla de Perim.

—¿Inglesa?..

—Naturalmente..

A medida que nos acercamos, los edificios se precisan. Aquello es una fortaleza. Aquello un muelle. Aquello un almacén, un polvorín tal vez. Y luego nada, nada, nada. La peña color de rosa, desnuda cual todas las piedras de este mar, seca entre tanta agua, la pobre peña que ondula suavemente, se muere de sed como un naufrago. Ni un árbol, sólo las banderas—las que vimos antes en el fuerte y otras que vamos descubriendo luego en los demás edificios,—las banderas encarnadas se inmovilizan en sus astas.

Porque aquí el viento no tiene alas. Ningún soplo, ni la más ligera brisa, ni el menor vestigio del *mousson* que encrespa el golfo de Aden, llega hasta aquí. El mar es de aceite ó de plomo, y en el horizonte, un vapor claro, algo como una humareda de incendio, une el agua y las nubes. Por las mañanás, muy temprano, los velos violáceos se desgarran en Oriente, suavizando la atmósfera. Pero el miraje no dura sino un momento. En cuanto el sol comienza á ascender, todo entra en ebullición, todo se funde, toda brilla, todo humea, todo se hace espeso, todo se estrecha, hasta que, al caer de la tarde, la puesta del sol cambia el espectáculo. Hela aquí justamente. Son las seis menos cinco. El disco de púrpura húndese ya, y la superficie líquida es roja; roja ardiente, roja de sangre y de amapolas, roja de un rojo que vive, que palpita, que se dilata en ondas interminables.

Pero la isla de Perim no goza de este espectáculo. Vuelta hacia el Oriente, no sale de su color de rosa seco, de su angustioso color de fastidio. Sus mismos edificios parecen tallados en la roca. Estamos frente al fuerte. Un soldado vestido de kaki, inmóvil, nos ve pasar en silencio. En cuanto á los demás habitantes, ni siquiera se asoman á la playa.

Pero, ¿hay acaso más habitantes? Una noticia geográfica me contesta que sí. Hay un batallón inglés. Solo que... El detalle es macabro. Solo que nunca está completo, porque los pobres oficiales, se suicidan, uno tras otro, por horror de ese sol tan luminoso, de ese cielo tan azul, de ese mar intenso.

VI

Desde que en la claridad azul de la mañana aparecen las primeras cimas de la tierras bíblicas, todo el mundo corre hacia el puente, atraído por el prestigio de los recuerdos. Las sílabas armoniosas de la geografía sagrada cantan en las memorias. ¡El Monte Serval y el Horeb, Jeval, Nazbeb, Sabal, los bellos nombres llenos de poesía, y por encima de todos, dominándolos con su altura, el Sinaí de Moisés!

Una bruma trasparente, no hecha de sombras, sino de luces coloreadas, una bruma violeta, vaporosa en sus palpitaciones argentinas, envuelve las bases de las montañas y da á las playas una vaguedad misteriosa de contornos. Las crestas, en cambio, destácanse con una precisión de cristal tallado sobre el fondo celeste del horizonte. Sus augustas sequedades aparecen nítidas. Los soles milenarios han incendiado en ellas todo germen de vida. Ni una planta, ni la más ruda mata, ni siquiera el rastro de vegetaciones antiquísimas mancha sus altas vertientes. Diríase que jamás plantas humanas han pisado esas piedras. Y ante tal realidad, el recuerdo de los desiertos entrevistados ayer desde las puertas de Suez cobra vida y se anima con sus camellos escualidos.

El color es gris. Pero digo mal. En esta atmósfera, lo gris no existe. Todo es translúcido, todo es claro. El verdadero matiz es un delicadísimo tono de amatista que sólo se aclara ó se oscurece al juego caprichoso de la luz entre sus grietas. De vez en cuando, en la parte baja, surgiendo del mar, álzase una roca blanca, cubierta de espuma, que se irisa y rompe la monotonía deliciosa de la sierra.

Del otro lado—á babor como dicen los marinos—el paisaje es, sino más bello, por lo menos variado. Las costas africanas, cubiertas de altos picos que rompen de trecho en trecho la uniformidad de los acantilados, se tiñen de luces cambiantes, gracias á la posición del sol. En las playas de arena, las olas saltan y se amontonan. El mar mismo, tan azul, diríase que, al acercarse á la tierra de Egipto huyendo del soplo abrasador del Asia, se anima y palpita con gozo.

Sin embargo, nadie contempla esas costas. Desde el primero hasta el último, todos los pasajeros permanecen á estribor viendo pasar las áridas piedras del Exodo.

Las horas transcurren. El calor aumenta á medida que el sol sube. Una luz cegadora refléjase en el ultramar bruído de las aguas. En el ambiente, ningún soplo de brisa. Los viajeros, recostándose en el parapeto de popa, callan y contemplan. El opio sutil de las evocaciones parece sumir los espíritus en una honda modorra. Soñando despiertos, vemos cubrirse esas tierras ingratas de fantasmas sagrados, y nuestros labios, inconscientemente, murmuran nombres bíblicos. Esperamos de un momento á otro ver destacarse por encima de las demás, la cresta sagrada, el santo Sinaí, cuyo prestigio es superior á las creencias, puesto que domina las imaginaciones de todas las razas. Aquí mismo lo noto. Esos chinos y esos anamitas, esos árabes y esos indos que merodean, no parecen menos emocionados que los cristianos.

De pronto un murmullo: «El Sinaí». Y de un extremo á otro del puente una corriente misteriosa anima las almas.

¡El Sinaí!

Todos contemplan absortos la cima que aparece, que se precisa, que se yergue un minuto entre dos cimas menores, allá en el fondo, bajo las claridades violáceas, y que luego va disminuyendo, como si no fuera una realidad sino una milagrosa aparición igual á las que, en la Leyenda Dorada, conmueven las ánimas de las razas.

ARTE FOTOGRAFICO



SEÑORITA MARIA AMALIA CORONEL ZEGARRA

Foto. Moral

Las profecías del genio

Los poetas precursores de la ciencia.—Fenelon adivinó la fotografía.—Tiphaigne la fotografía en colores.—Lope de Vega, el telégrafo y los rayos X.—Calderón la telegrafía sin hilos.—Teófilo Gauthier y Cirano concibieron el fonógrafo.—Basíides Mnazio, el teléfono sin hilos.—Swift los satélites de Marte.—El Dante, la termodinámica.—Ariosto el hipnotismo.—Ideas de Carlos V, de Argensola y Calderón.—El sabio y el poeta.

Apenas registra el mundo de la ciencia un adelanto portentoso que no haya sido previsto ó imaginado con mucha anticipación en la fantasía de un poeta ó de un pensador notable. La imaginación brillante y cultivada de los que viven soñando ideales, ó admirando en la Naturaleza un caos de visiones sublimes, realiza el milagro de esos augurios maravillosos, como presentimiento de algo que ha de ser realidad algún día, con el auxilio de la ciencia.

Fenelon presintió el invento de la fotografía en pleno siglo XVII, cuando en uno de sus libros apuntó los párrafos que traduzco á continuación:

«No hay ningún pintor en el país, pero cuando se quiere tener el retrato de un amigo, de un bello paisaje, ó de un cuadro que represente cualquier objeto, se echa agua en un gran depósito cuyo fondo sea de oro ó plata bruñida y se coloca frente al líquido el objeto que se va á retratar. En seguida se hiela el agua y queda allí permanente la imagen reflejada en el espejo.»

El procedimiento de la moderna fotografía es algo muy distinto de lo que imaginara Fenelon, pero revela ciertas analogías en cuanto al principio en que se funda, que es el de fijar una imagen óptica.

Pero ya se le acerca más un escritor francés del siglo XVIII, M. Tiphaigne de la Roche, que publicó en un libro estas frases:

«Según me dice el jefe de los Genios elementales, los rayos de luz reflejados por diferentes cuerpos dibujan un cuadro sobre las superficies pulimentadas; los espíritus elementales han tratado de dar fijeza á estas pasajeras imágenes y compusieron una materia muy sutil, muy pegajosa que se seca con prontitud, volviéndose dura ó sólida al poco rato, por medio de la cual el cuadro está hecho en un abrir y cerrar de ojos. Untan una tela y la presentan como un espejo ante los objetos que quieren pintar; y lo que el espejo no puede hacer, lo hace la tela con su unto pegajoso, que es conservar la traza ó impresión de los objetos. Se retira la tela, se la pone en un cuarto oscuro, y una hora después la pasta queda seca y se tiene un cuadro inimitable é inalterable, porque se han tomado sus colores en el manantial ú origen más puro, en el cuerpo mismo de la luz.»

Esto, como se ve, parece la descripción de un invento muy semejante al de la fotografía en colores, que todavía no es realidad de una manera satisfactoria.

Nuestro gran Lope de Vega presintió el telégrafo eléctrico en las líneas siguientes:

Con la rapidez del rayo
las noticias han venido;
sabe Dios si con el tiempo
vendrán con el rayo mismo.

Y el mismo Lope podría creerse que profetizó el descubrimiento de los rayos X en estos versos:

La luz iluminaba
su contorno tal vez, mas su figura
no oponía á la luz, compacta, oscura,
su masa corporal: la luz en torno

no se extendía, no, de su contorno,
que el reflejo su cuerpo traspasaba.
Vacilaba su forma á cada paso
como se ve variar la de un objeto
cercado de agua y á través de un vaso,
y parecía que era solamente
cada figura un árido esqueleto
que con cuerpo aparente
su desnudez disimular quería.

La telegrafía sin hilos fué adivinada por el inmortal Calderón de la Barca en estos versos del drama «*El médico de su honra*»:

Dicen que dos instrumentos
conformemente templados
por los ecos dilatados
comunican sus acentos,
Tocan el uno, y los vientos
hiere el otro sin que allí
nadie le toque; y en mí
esta experiencia se viera;
pues si el golpe allá te hiriera,
muriera yo desde aquí.

Teófilo Gauthier en 1843 predijo el invento del fonógrafo, con estas palabras:

«Puede llegar un día en que la crítica, perfeccionada por el progreso universal, contará con medios de anotación escenográfica para fijar todos los matices de la declamación de un actor y no tendremos que lamentar la desaparición completa de aquellos rasgos de su genio, completamente perdidos para la posteridad. De igual modo que hemos obligado á la luz á fijarse en una placa bruñida podremos recibir y guardar las ondas melódicas y conservar de este modo la voz hermosa de Mario, una estrofa declamada por Mme. Rachel, la serenata de don Pasquale, un couplet de Federico Lemaitre, las imprecaciones de Camilo y las declaraciones de amor de Ruy Blas, daguerreotipadas en el mismo verbo.

Treinta años después que Teófilo Gauthier soñó estas maravillas, el gran Edison pudo realizarlas, con su invento incomparable del fonógrafo. Mas, hubo otro escritor francés, Cirano de Bergerac, que se anticipó dos siglos á Gauthier en la concepción maravillosa del aparato registrador de la voz humana. Véase lo que dice Cirano en su obra *Viaje á la luna*.

«En la abertura de la caja he encontrado no sé qué cosa de metal parecida á la maquinaria de los relojes, llena de mecanismos diminutos. A la verdad parece un libro prodigioso que no tiene hojas ni letras; un libro, en fin, para el cual no se necesitan los ojos, sino los oídos. Cuando uno quiere leerlo, mueve esta máquina mil pequeños nervios; da la vuelta á la aguja sobre el capítulo que uno desea escuchar, y salen como de la boca de un hombre ó de un instrumento de música toda clase de sonidos que sirven á los lunáticos para la expresión del lenguaje»

También explica Cirano en su obra la idea de los paracaídas para los globos, que habían de ser inventados un siglo después.

Juan Richepin cuenta que un novelista griego, Basíides Mnazio, de la época del bajo imperio, presintió ó relató el hecho de un teléfono sin hilos. En una de sus obras menciona un desconocido el cual hablando con el emperador de Bizancio, Constantino Paleólogo, le propuso la aplicación de un invento para oír desde su palacio lo que se decía en el campamento de los turcos, al otro

lado del Bósforo. Constantino acudió á la casa del misterioso personaje, y desde allí, junto á uu aparato, al que se daba el nombre de *mástil de los relámpagos negros*, oyó las voces de Mahomet que gritaba allá en el campamento enemigo. Mas, Constantino Paleólogo, en vez de utilizar el invento, creyó que el inventor era el mismo diablo y le atravesó el pecho de una estocada.

Tres días después, los turcos asaltaban los muros de Constantinopla.

Un ingeniero loco encerrado en el manicomio de Bedlam, en el siglo XVIII, predijo el invento del ferrocarril y el túnel del Canal de la Mancha, [que aun no está hecho.] Dijo que pretendía construir un puente desde Douvres á Calais, y hacer unos carros que sin caballos corrieran más que la posta.

El gran satírico inglés Swift, en su obra clásica *Viajes de Gulliver*, anunció, en mitad del siglo XVIII, la existencia de dos satélites girando alrededor del planeta Marte. Dos siglos después, en 1877, el astrónomo Mr. Hall, descubrió los satélites de Marte adivinados por Swift. También Cirano había dicho que Marte poseía cuatro satélites.

El descubrimiento del Nuevo Mundo fué previsto por Séneca á principios de la era Cristiana, con estas frases:

«Un tiempo vendrá en el curso de los siglos, en que el Océano descubrirá al hombre una tierra inmensa y desconocida; el mar nos revelará nuevos mundos y Tulé [Islandia] no será el límite del mundo»

Estas palabras de Séneca fueron citadas por Colón en una carta dirigida á los Reyes Católicos.

El sistema que fija el movimiento de la Tierra alrededor del Sol fué previsto y anunciado por Pitágoras, Nicetas, Aristarco, Platón y Filolao como veinte siglos antes de nacer Copérnico. Este último en su libro declara que concibió su idea del Universo en la lectura de aquellos autores.

El Dante apuntó uno de los principios de la moderna termodinámica, en estos versos del canto XXV del Purgatorio.

Guarda il calor del Sol che si fa vino
Giunto all'umor che dalla vite cola.

«Considera el calor del Sol que se transforma en vino penetrando en el jugo que la vid destila»

La apertura del Canal de Suez, fué anunciada por los oráculos. Cuéntase que cuando Neco, rey de Egipto, tuvo que desistir de la obra que había emprendido para unir el Mediterráneo con el Mar Rojo, por haber perecido 600.000 hombres en la empresa, consultó el oráculo y éste dijo:

—Un bárbaro llevará á feliz término tu obra,

En lo antiguo se calificaba de bárbaros á los extranjeros.

Ariosto se anticipó varios siglos á señalar los fenómenos del hipnotismo provocado por el resplandor de un objeto brillante. En el canto octavo del poema «Orlando Furioso» dice que que Rugiero se valió del escudo de Atlante para deshacerse de sus enemigos. «Levanta, dice, una parte de la seda encarnada que lo cubre y la luz deslumbradora que arroja, obra como lo ha hecho otras veces. El cazador, el caballero y su perro caen en tierra, y al halcón no le sostienen tampoco en el aire sus alas. Rugiero los dejó vencidos por un sueño mágico».

Nuestros poetas clásicos Argensola y Calderón tenían ideas muy notables sobre la concepción del Universo y la constitución física de los mundos; pues el primero de los mencionados poetas escribía á mediados del siglo XV11 el soneto famoso que acaba con estas líneas:

Porque ese cielo azul que todos vemos
ni es cielo, ni es azul. ¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!

Y Calderón tenía en la mente formado un concepto muy parecido al de la moderna teoría de constitución de los planetas, cuando escribió esto:

Y del cadáver del sol
cenizas son las estrellas
que en sus rayos derramado,
en sus luces dividido,
es un planeta partido,
es un Dios multiplicado.

Y es que los verdaderos poetas sienten vivo deseo de observar y meditar sobre lo más íntimo que esconde la Naturaleza. Procuran instruirse de cuanto alcanza la ciencia de sus días; y con la imaginación viva que poseen, conciben los más atrevidos planes teóricos. El sabio, que también es algo poeta en lo de aficionarse á admirar los prodigios naturales, fija su atención con más persistencia sobre un punto dado y descubre á veces una realidad parecida á la que soñó el poeta. De aquí la curiosa analogía de pensamientos y de fines que llevan. Los grandes descubrimientos, ha dicho un autor, son las flores y los frutos de innumerables hipótesis concebidas por el entusiasmo y labradas por la paciencia. Las ideas del poeta flotan vagas y difuminadas en el éter del pensamiento: las del sabio físico son tenaces y persistentes; pero ambas nacen de la fantasía y de la observación que poseen estos dos hermanos hijos de la inteligencia.

P. GIRALT.



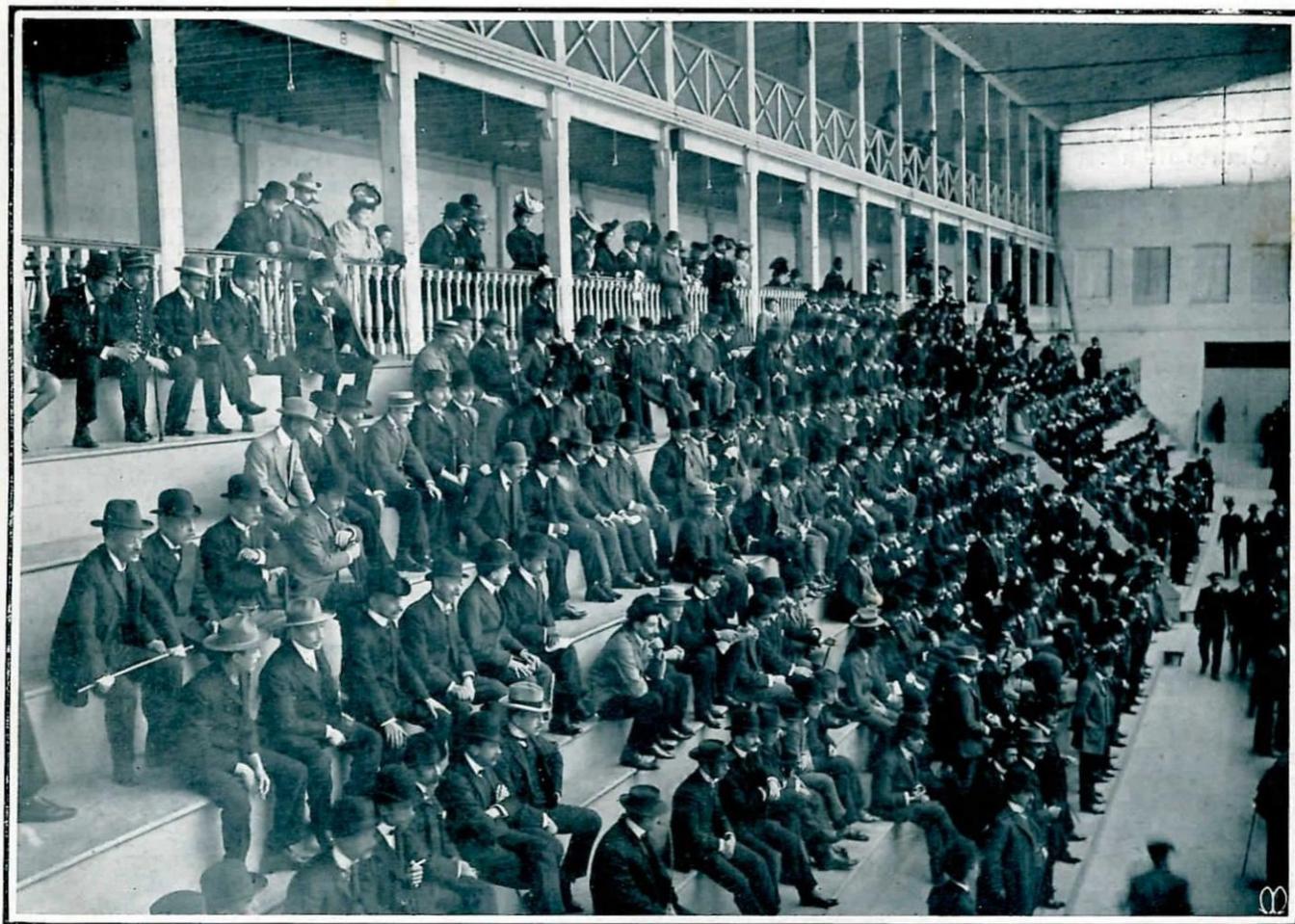
Dr. D. Pedro Carlos Olaechea

No siempre los gobiernos se inspiran en el interés nacional, invistiendo con su representación en el extranjero á personas dignas de todo elogio por la capacidad intelectual y por la conducta.

Salvo honrosas excepciones, acostumbrados estamos á ver premiar servicios de orden político inferior, con plenipotencias y cargos de responsabilidad moral, á individuos que van y vienen sin dejar afuera, un recuerdo grato del país que representaron.

Por esta razón, y con la independencia propia de nuestros juicios, no podemos dejar de aplaudir el nombramiento del Dr. D. Pedro Carlos Olaechea, como Juez árbitro del Perú en la cuestión de límites que seguimos con el Brasil.

Preparación jurídica indudable, inteligencia sólida, aplomo y circunspección diplomáticos avaloran al nuevo Juez árbitro del Perú. Podemos pues, confiar en el Dr. Olaechea; que si no obtiene todo lo que la patria espera de la bondad de su causa, verá al menos sostenida esta causa con brillo, con acopio de razones y con firmeza.



EN LAS TRIBUNAS DEL FRONTON "LIMA"

Foto. Lund



BAILE EN EL "CLUB DE LA UNION" EN CONMEMORACION DEL 40.º ANIVERSARIO DE LA FUNDACION DE ESTE CENTRO SOCIAL

Un pecador impenitente

CRONICA MOQUEGUANA 1791 A 1795

Felices los tiempos aquestos, en los que podemos hacer de nuestra capa un sayo y de nuestra persona lo que en gana nos venga.

No era así en época en que á los Felipes y á los Carlos obedecíamos, y en la que, bajo pena de carcelazo limpio, estaba prohibido cargar un palo para apoyarse, gastar capa como abrigo, cambiar de camisa en sábado, comer carne en Cuaresma, pasear en las noches, y otras cosas inocentes con las que no se ofendía á Dios ni al prójimo.

Y no sólo el Rey y el Santo Oficio, sino también los ilustrísimos arzobispos y obispos, fuera del tribunal de la penitencia se mezclaban en asuntos privados para mayor bien de las almas, como que eran amos de las conciencias por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica.

Y vaya como muestra un botón del rosal de intolerancia de que, en los tiempos del coloniaje, dió un ilustre obispo.

I

Los tradicionales católicos de la ciudad de Arequipa no se hallaban satisfechos con que en lo espiritual los gobernase el obispo del Cuzco, y era aspiración unánime constituirse en diócesis independiente.

Tanto clamorearon los mistianos, que Su Santidad Paulo V creó el obispado de Arequipa, por bula de veinte de Julio de 1609, cuyos límites jurisdiccionales fueron señalados por el virrey don Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montes-Claros.

El primer obispo instituído fué el domínico Fray Cristóbal Rodríguez, cuya mitra no vieron los arequipeños, pues el que la llevaba falleció en Camaná, de tránsito para la ciudad del Misti.

Hacia la época de esta crónica, la Iglesia arequipeña tenía por pastor al ilustrísimo señor doctor don Pedro José Chávez de la Rosa, el fundador de la casa de huérfanos de aquella ciudad y protector del egregio doctor don Francisco de Luna Pizarro, una de las glorias del clero nacional.

En el año 1789 emprendió su santa visita pastoral al partido de Moquegua, proficua en beneficios espirituales, pues, aparte de que fueron muchos los confirmados en la fe de Jesucristo, su ilustrísima impuso su autoridad para regularizar el estado civil de las personas, cortando de raíz el mal ejemplo, y reduciendo al cumplimiento de sus obligaciones cristianas á los que del buen camino se habían apartado.

Carácter firme y voluntad de acero, su ilustrísima era inflexible en materias de conciencia y del bien espiritual de sus ovejas,

II

Era por entonces depositario general del partido de Moquegua el señor don Apolonio de Carbonel y Peralta, soltero incorregible, propietario de haciendas y viñedos y asiduo visitante de bellísima muchacha, de humilde nacimiento, llamada Tomasa Ampuero en el libro baustinal y la «Lucero» en ese otro libro no escrito de los sobrenombres con que en los pueblos se distingue á unas personas de otras.

Oficiosos denunciadores de los secretos de la vida ajena, ó envidiosos de la fortuna de Carbonel, dieron noti-

cia del estado irregular de la pareja al virtuoso Prelado, que vió en el hecho motivo de escándalo y halló ocasión de cumplir su misión apostólica.

¿Ordenó en el acto que legitimaran su unión, por el santo lazo del matrimonio?... Pues no tal: llamó al cura y vicario eclesiástico de Moquegua, el doctor don Clemente Antonio Galdo y le ordenó que amonestara al Depositario para que se apartase de todo trato con la «Lucero» para bien de su alma y de la comunidad.

Oyó Carbonel la amonestación con aire contrito, y terminada que fué, salió á visitar á Tomasita, que vivía en el barrio de San Francisco.

Pasaron dos años y por el de 1791 hacía la visita en el partido de Moquegua el Gobernador Intendente de Arequipa don Antonio Alvarez y Ximénez, asesorado por el doctor Córdova y llevando de Secretario á don Francisco Vélez. Al mismo tiempo, el ilustrísimo señor Chávez de la Rosa continuaba la suya, y hallándose en el pueblo de la Asunción de Tambo, supo que Carbonel había puesto oídos de mercader á sus admoniciones.

Saltó de indignación su ilustrísima; agitó la campanilla, nervioso; mandó llamar al secretario de visita y dictó:

«Señor Gobernador Intendente:

«Don Apolonio Carbonel, soltero, Depositario general del partido de esa villa de Moquegua, vive mal con una mujer soltera llamada Tomasa y conocida vulgarmente por la «Lucero», y aunque en el tiempo de mi santa visita del año pasado de 1789 fué amonestado por medio del doctor don Clemente Antonio Galdo, de mi orden, ha continuado en el mismo público escándalo, por lo que lleva encargo mi vicario de reconvenirlo y dar parte á US. de las resultas, para que, en caso necesario, ejercite su autoridad y notorio celo, como lo espero.

«Dios gualde á US muchos años.

Pedro Josef, obispo de Arequipa.»

El vicario, que lo era don Lorenzo Bizcarra, llegó á Moquegua; conoció á su bella feligresa la «Lucero», estrechó la mano de don Apolonio, que le pareció una magnífica persona y venial su pecadillo, y cuando el Gobernador Intendente le preguntó cómo había cumplido la comisión del obispo, contestó que, en atención á haber sido amonestado por el vicario finado y no haber sentido efecto favorable, tuvo por infructuosa la amonestación que se le previno le hiciera, y que esperaba del celo cristiano del Gobernador pusiera el remedio conveniente á evitar la ofensa á Dios.

III

Dios me perdone el mal pensamiento, pero del celo que tomó en el asunto el Intendente, se ve clarito, como en el fondo de un vaso de cristal, que no le desagradó á su señoría, la Lucero, la que no quiso darle un rayito de su luz, y por ello le cobró inquina á Carbonel.

Sumaria contra éste ordenó formar la autoridad, y actuada que fué, ordenó que el teniente de alguacil mayor de la villa hiciera comparecer al Depositario, á quien por ante el asesor de la visita y el escribano se le apercibiría seria y estechamente para que al momento resolviera la entera separación que debía hacer de un comercio tan ilícito como vergonzoso. Igual apercibimiento debía hacerse á la «Lucero» en su domicilio.

Más hizo don Antonio: comisionó secretamente al

conde de Alastaya Caballeros y al coronel de caballería don Tiburcio de Mendoza para que vigilasen á don Apolonio y le diesen cuenta de su conducta posterior y de si reincidía en el pecado.

Seguro de que sus comisionados habían de cumplir el encargo que dejaba confiado á su honradez y escrupulosa conducta, el Intendente regresó á Arequipa en el mes de noviembre de dicho año de 1791.

En honor de los comisionados precisa decir que muy poco se ocuparon de meter los ojos en la casa de la Tomasita, ni en seguir los pasos á Carbonel, y así, nada avisaron al intendente, que al informarse de que Carbonel continuaba reincidente en su ilícita amistad exclamó irritado:

—¡Con que era verdad! ¡Con que esas teníamos!—Don Rafael:—añadió, dirigiéndose á su secretario Don Rafael Hurtado—escriba Ud:

«Conviene que al tercero día de haber vuestra merced recibido éste, de mano de mi subdelegado que ha de entregárselo, se ponga en camino, sin excusa ni pretexto, para esta ciudad, y que en ella se me presente á los diez días de haberlo recibido, en inteligencia de que si así no lo cumpliere serán imputables á la inobediencia de vuestra merced las sensibles resultas que debe prometerse de ocasionarla.

«Dios guarde á vuestra merced, muchos años.

«Arequipa, abril 20 de 1792.

«Antonio Alvarez y Ximénez»

Al señor don Apolonio de Carbonel y Peralta,

No contento con esto, dirigió otro oficio al Subdelegado del partido, que lo era ya don Manuel Modesto de Artieda, previniéndole que cumpliera la orden estrictamente, por lo mucho que se interesaba en ello la recta administración de justicia, «sin admitir excusa ni pretexto que la eludiera» Más todavía: que notificase á la Lucero que se presentase en Arequipa á los veinte días y á disposición del intendente, bajo de apercibimiento de que si no lo hiciera se adoptarían las más severas providencias.

IV

Muchas escamas tenía don Apolonio para entrar de buen grado en las redes que le tendía el de Alvarez y Ximénez.

Apenas Artieda le hizo saber la decisión del gobernador, dirigió á éste un oficio, en que, con el mayor rendimiento, rogaba le diese un plazo para recoger los frutos de sus haciendas, morroñosos de suyo, por la sequía de aquel año, peores si los abandonaba.

Accedió Alvarez, pero pasó un mes, y otro, sin que Carbonel acabase de cosechar, y, entonces se le subió la mostaza á las narices á la autoridad, estornudó fuerte y mandó: que dentro de segundo día de notificado, por última vez, Carbonel marchara á Arequipa, y á los diez días la Tomasa, y al no hacerlo, asegurase á ambos y los remitiese con buena guardia y custodia.

Y aquí de los apuros de Artieda.

—Mi estimado don Apolonio: vea vuestra merced la estricta orden que me da el intendente...

—Me parece muy bien, mi señor don Modesto: como de mi grado no iré á Arequipa, asegúreme, y con cuatro milicianos me pone caminito á esa ciudad.

—Nunca haré tal cosa: que Dios me libre de tan fea acción con vuestra merced, á quien en mucha estima tengo.

—Pues, mi amigo, vuestra merced verá lo que hace.

—Pero venga vuestra merced en razón; allánese el camino. Por ejemplo: si mandara su merced á Tomasita á Tacna, ya tendría yo un resquicio por donde escurrirme.

—Pues el deseo está cumplido: Tomasita está en Locomba, y no hay sino que contárselo al señor Gobernador Intendente,

—¿Y la orden respecto á vuestra merced?

—Cúmplala y aquí estoy. Precisamente en el patio tengo una mula aparejada: no necesita sino la buena guardia y custodia.

—Su merced me va á perder don Apolonio.

—¡El oficio, mi don Modesto, el oficio!

V

Mientras esto pasaba en Moquegua, Alvarez y Ximénez recibía en Arequipa una provisión por la que la Real Audiencia de Lima le ordenaba remitiera los autos originales y suspendiera todo procedimiento contra el depositario Carbonel.

Lo comunicó al obispo para, de este modo, encontrar ayuda, que no la halló, y resignóse á obedecer el mandato, pero postergando su cumplimiento hasta recibir aviso del subdelegado.

El aviso vino concebido así:

«.....He suspendido ejecutar el orden de US., porque se me hizo constar por carta de don Lorenzo de Ugarte, hallarse la Tomasa Ampuero en el valle de Locomba. No obstante de esta separación, si US. es servido de que aun así camine Carbonel á esa capital, para que se cumpla el mandato, es preciso tenga á bien dirigir de allí personas no dependientes de esta villa para que custodien la del susodicho, porque estando todos los que aquí hacen de soldados, sujetos á la subordinación servil, no habrá uno que quiera hacerse de tal encargo, con la más remota voluntad, y cuando la autoridad los precise, ningún logro se avanzará, porque él se irá por donde quiera, sin que ellos tengan valor para contenerlo, lo que servirá á US. de gobierno.»

Cayósele de las manos á Alvarez el oficio.—Ni la Lucero ni Carbonel....!»

Y elevó los autos á la Real Audiencia.

El fiscal de ésta, que fué oído, pidió que se volviesen al intendente para su continuación y castigo del desobediente.

Muy prudente era el tribunal para incurrir en tal despropósito, y adoptó el medio eficaz para matar las querellas, hijas del capricho ó de las pasiones: hacerlas dormir hasta su oportunidad.

Esta llegó trece años más tarde. El 17 de junio de 1805, la Audiencia mandó que se archivara el proceso.

Verdad es que por entonces ya don Apolonio se transformaba en polvo en el cementerio del convento de San Francisco y Tomasa, arrogante aún, había contraído matrimonio con uno de los envidiosos del finado amante.

ANIBAL GALVEZ.



Itmo. Sr. D. Mariano Holguín

Próximamente debe dirigirse á Arequipa, á ejercer sus atribuciones episcopales el Ilustrísimo Sr. D. Mariano Holguín.

Concluía recién de hacer la visita eclesiástica á los innumerables pueblos de la diócesis de Huarás,—algunos de los cuales no la habían recibido desde los tiempos de Santo Toribio de Mogrovejo,—cuando fué trasladado el Sr. Holguín á la silla de Arequipa, donde nació este virtuoso sacerdote, y ha sido siempre rodeado de la mayor consideración y respeto.

Los fieles de Lima han podido apreciar también de cerca, á este prelado que se distingue por su modestia, nada común elocuencia y ejemplar austeridad de costumbres.



Itmo. Sr. MARIANO HOLGUIN



RASGOS Y RASGUÑOS

PUESTOS en una balanza el viaje de Mr. Root y la obra del Congreso Pan-Americano de Río Janeiro, se inclina el platillo del lado del gran ministro.

Un hombre solo ha hecho más por la concordia de América, que cincuenta diplomáticos reunidos con ese aparente objeto.

Ha hablado Root y su palabra llena de viril franqueza, modificó la opinión de todos los que desconfiaban de Norte América.

No ha sucedido igual cosa en Rio Janeiro. Allí los representantes de las tres naciones más poderosas del Sur, han puesto en alarma con sus intrigas á las demás.

Cuánta diferencia entre la voz amiga del Norte que no distingue entre pobres y ricos de una misma familia, y los desplantes del Brasil, de la Argentina y de Chile, reclamando sus cuestionables derechos al *mayorazgo*!

La América del Sur ha exhibido en ese Congreso su estructura medioeval, su todavía monstruosa conformación, que no admite solidaridad vital de conjunto, por mucho que algunos miembros de ella tengan ya la apariencia completa del desarrollo.

Las cuestiones de orden moral se han pospuesto, no siquiera á las económicas, sino á las vanidades pueriles y á la libertad de procedimientos con el cañón y la espada, á la legitimación del robo y de la conquista.

Bonita la habéis hecho predicadores de la paz, escondiendo entre los hábitos el garrote!

Pero, donde se ha reconocido mejor la envidiosa rivalidad de estos pueblos, es en el subterráneo trabajo del Brasil y de Chile para evitar que el próximo congreso panamericano se realice en la capital argentina, en la cultísima Buenos Aires.

¿Qué argumento puede aducirse para privar á Buenos Aires de este honor, concedido á México y Rio Janeiro que le son inferiores?

La intriga resulta odiosa, porque ninguna ciudad de habla española—y esto lo sabe bien Roosevelt y se lo confirmará Mr. Root,—puede competir con Buenos Aires en esplendor comercial, riqueza, número de pobladores, verdadera civilización y muchas otras circunstancias que la colocan en condiciones especialísimas para alojar en su seno á los futuros representantes de Hispano-América.

Nosotros los peruanos, castigados ayer más que por nuestros vicios por la ilusión de la fraternidad, hemos aprendido lo bastante para no esperar hoy auxilio de nadie en nuestras cuestiones. Pero, aún así, convencidos como estamos del retraimiento argentino, solo explicable por los humos conquistadores del Brasil y de Chile, no podemos dejar de reconocer en la patria de San Martín un espíritu altruista muy beneficioso para la América del Sur; como que no sueña esa patria cuna de la libertad, con engrandecerse á costa de sus hermanas.

Esta *honradez notoria*, bastaría por sí misma para señalar á la Argentina como futuro punto de reunión de los que pretenden hacer continental política *homada*.

Ningún país de América después de los Estados Unidos del Norte, tiene la significación económica de la Argentina, ni los ideales humanitarios que son allá producto de superiores razas y de la difusión, no superada en el mundo, de sus colegios.

¿Qué capital orgullosa de Sud-América ha podido hacer desfilas ante Mr. Root, un ejército escolar de 20,000 niños?... Sólo Buenos Aires la inmensa, la emperatriz del Plata, la que *no merece* alojar el congreso panamericano de 1910!

Arránquense los pelos sus enemigos, inventen todos los chismes que quieran sus envidiosas *comadres*, será Buenos Aires el lugar de la próxima reunión, ó se habrá tirado para entonces, como un trasto inútil, ese Congreso.



Sr. RICARDO ALVAREZ CALDERON



Srta. VIRGINIA PRO



Sr. MANUEL BONIFAZ



Srta. MARIA PANIZO

† Capitán de Navío D. Emilio Díaz

Uno menos en el escalafón de nuestra vieja marina; de esa marina formada ayer en largos viajes, y penurias sin cuento, logrando afirmar el espíritu de una institución que sobrevive con gloria á nuestros desastres.

Fué el Capitán de Navío D. Emilio Díaz y Seminario un benemérito del Perú. Su foja de servicios es elocuente. Muere de edad avanzada y en todas las dependencias del ramo naval, ha dejado recuerdos de su competencia y honorabilidad proverbiales.



Traslación de los restos del Coronel D. Lorenzo Pérez Roca, de la estación de San Juan de Dios á la iglesia de la Merced

Foto. Lund

Los derechos de la mujer

UNA CONFERENCIA DE BJORNSTJERNE BJORNSON

HE LEÍDO algunos párrafos de una conferencia que el gran literato noruego Bjornstjerne, Bjornson, dió ante los miembros del club femenino en Chopenhague. La conferencia versó sobre la «Moral guerrera», significando con esta denominación esa inclinación, que siempre se ha observado, en los que tienen poder, de abusar de su situación y de sus fuerzas para aplastar al débil, quitándole sus derechos y prerrogativas. Daremos de ella una breve idea.

La «Moral guerrera», según Bjornson, reina en la mayoría de nuestros actos. Principia en la cuna. La madre antes de dar á luz suspira entre rezos: «¡Ah, Dios que sea varón!» Nace una niña, es una desilusión. Cuando la pequeña tiene suficiente edad para participar de los juegos de sus hermanos, éstos exclaman: «¡Afuera con ella! ¡Afuera con la mujer! ¿Qué viene á hacer entre los varones? Solo á incomodar». Entonces el padre interroga á uno de los hombrecitos: «¿No te gustaría haber nacido mujer? ¡Uf, no! responde despreciativamente el futuro conscripto.

Se puede agregar á las observaciones de Bjornson muchas otras. Cuando vemos llorar á un chico, ¿no le decimos para hacerlo callar. ¿Llora como una mujer? ¡Qué vergüenza! y el pequeño, en general, se calma.

De esta manera, dice el gran noruego, se estimula en él la «Moral guerrera» y en ella, en la futura madre, la resignación.

La «Moral guerrera» continúa en la escuela, en la Universidad y durante toda la vida, siendo lo más curioso que en ella están encantadas las mujeres.

«La «Moral pacífica» es la que una noble é íntegra mujer lleva en sí, ó la que una madre desea cuando ama al hijo querido».

«Para una mujer es natural figurarse al hombre adornado de noble y hermoso carácter, de manera que él pueda en todo momento cuidar de ella y de todo lo de ella».

«El más alto ideal del hombre debe ser mostrar consideración y atención, aprovechar su fuerza superior en ayudar al más débil, no en sacar á relucir sus derechos cuando éstos dañan y hacen sufrir. Si este ideal se cultivara desde la niñez, habría verdaderos hombres entre nosotros».

En la última desgracia en las minas de Courrières fué también la «Moral guerrera» la que hizo que los capitalistas descuidaran á los obreros, para ganar un 500 por ciento en el trabajo de ellos.

Es por eso que yo quiero que la mujer participe de la política, como de todo. Terremoto viene sobre terremoto: todo está lleno de animosidad y de odio. Necesitamos una nueva fuerza; necesitamos esa nueva potencia,

que ha aprendido á tener paciencia en los contratiempos y á menudo en la opresión, esa fuerza que amamos en el hogar, al lado del enfermo y del necesitado, esa fuerza que puede conducir bien alto el ideal y enseñarnos á perdonar como ella ha perdonado; necesitamos su paciencia, su caridad y su nobleza en los sentimientos.

No comprendo cómo puede haber hombres que no quieran la ayuda de la mujer.

Esto viene probablemente de que nos hemos acostumbrado á contemplar la mujer desde un punto de vista erróneo; la vemos iluminada por la luz de la «Moral guerrera». De ella necesitamos, porque con ella la «Moral pacífica» se mezclará en nuestra vida.

La mujer trae consigo costumbres suaves. Hay muchos que creen que las costumbres suaves son débiles. No, es precisamente bajo su reinado que las fuerzas pueden desarrollarse en toda su amplitud y entonces la política será una fuerza educadora, como debiera ser.

Pero no debo negar que si la mujer quiere ejercer esa influencia, la mayoría de ellas debe transformarse. Les faltan muchas condiciones, pero cuando los hombres recibieron el derecho al voto, tampoco lo tenían, de manera que nos turnaremos en la responsabilidad.

A pesar de la triste verdad en las palabras de Bjornson, hay que convenir que dijo algunas cosas sólo por cortesía y hay que perdonarlo, pues el auditorio era de damas.

No es posible figurarse á la mujer tan inocente para que crea al hombre adornado de tan bellas prendas, como un hermoso carácter y una solicitud á toda prueba.

La mujer piensa del hombre lo que éste es en realidad, pero, en general, no es cierto lo recíproco.

Creo que en frivolidad las mujeres están arriba de los hombres y es natural. Es una consecuencia de la educación. Los mismos hombres las desean así.

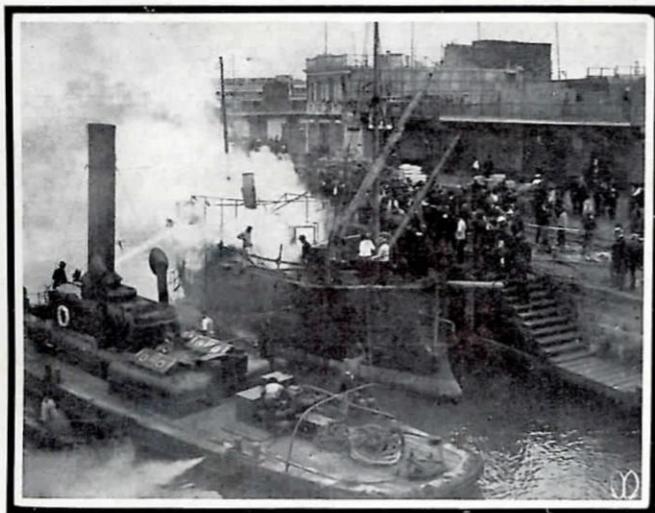
No me parece que las mujeres aporten «suavidad» á nuestras costumbres políticas. He tenido oportunidad de observar algunas oradoras germanas, que dicen son menos violentas que las latinas, pero no he notado ninguna suavidad en sus maneras, tal vez lo contrario.

En general, entre la mujer y el hombre no hay más diferencia que entre la leona y el león: una diferencia física, los dos son igualmente suaves, tienen la misma inteligencia y pueden desempeñarse con la misma habilidad.

La mujer debe tener nuestros mismos derechos, no porque sea más amable ó más suave, sino porque le corresponden; es una parte de la herencia que le robamos. Ella no ha nacido para adornarse y coquetear, sino para trabajar á nuestro lado, en todo el inmenso campo de nuestra actividad.

JOSE M. SOBRAL.

INCENDIO DEL VAPOR NACIONAL "COLON" EN EL CALLAO



Durante el incendio



Después del incendio

Fote. Lund

CREPUSCULAR

Cuando el Sol en su carro de fuego
desciende al ocaso,
derramando en redor cual torrentes
de rojos rubíes y de áureos topacios;
cuando lanza de luz centellante
las ráfagas últimas,
y se esconde en el mar, que es su lecho,
su lecho bordado de níveas espumas;
mientras lóbregas sombras invaden
la bóveda inmensa,
aparecen en lo alto del cielo,
cual flores radiosas las blancas estrellas!

En esa hora serena en que el mundo
tranquilo reposa;
en esa hora en que solo combaten
el día y la noche la luz y la sombra;
también ¡ay! en el cielo de mi alma
la luz agoniza,
también siento que en ella despliega
su manto de brumas la noche sombría;
pero así como surgen en lo alto
brillantes luceros,
también surgen del fondo del alma,
cual blancas estrellas los dulces recuerdos!

Esa es la hora feliz en que evoco
la imagen risueña
de un pasado de hechizos y encantos,
de risas y juegos de amor é inocencia;
de una edad en que mi alma ardorosa
como ave volabá,
porque entonces para ir por doquiera

por alas tenía la fe y la esperanza...
Y á la pálida luz del recuerdo,
de trémulo brillo,
uno á uno desfilan en mi alma,
cual vagos fantasmas, los seres queridos!

Una á una desfilan á esa hora
las sombras amadas
de los seres que un tiempo arrullaron
con gratos rumores su cándida infancia;
de los seres que un día me dieron
amor y caricias,
y en mi sér infantil despertaron
anhelos de gloria y ensueños de dicha!...
Y al igual que, ahuyentando la noche,
resurge la aurora,
en mí vuelve á nacer la esperanza,
iaurora del alma, que ahuyenta congojas!

¡Oh indeciso crepúsculo, hermano
del día y la noche!
yo idolatro tu luz macilenta
que llena de ensueños la mente del hombre;
yo idolatro tu luz ténue y pura,
como alma de virgen:
é idolatro á la par tus misterios
y débiles sombras y pálidos tintes;
porque sé que al reinar tú, se puebla
de estrellas el cielo,
porque sé que tus rayos encienden,
estrellas del alma, los dulces recuerdos!

GERMÁN ARENAS

NOTAS HIPICAS

Resultados generales de la 17 reunión de la temporada

PREMIO «EL LUCERO» 600 m. H.

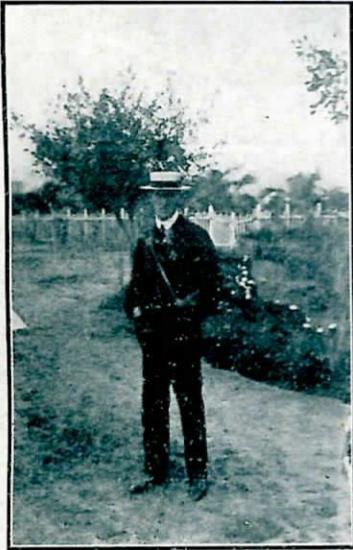
- 1.º—«Caracolillo» 52 $\frac{1}{2}$ k., del Stud Iris (Benites)
- 2.º—«Mizpah» 54 $\frac{8}{10}$ k., del Capitán Arias (Villalobos)
- 3.º—«Poupée» 52 $\frac{1}{2}$ k., del Stud Mischief (Luccio)
- 4.º—«Aurora» 54 k., de la Petite Ecurie (Alfaro)

Tiempo: 0'38 $\frac{3}{4}$ ".—«Caracolillo» ganó debido, solo á la inmejorable monta de Benites. Cuerpo y medio del 1.º al 2.º; un cuerpo del 2.º al 3.º; cuerpo y medio del 3.º al 4.º—Preparador del vencedor Pérez.

PREMIO «ACTUALIDADES» 1,200 m. H.

- 1.º—«Rainfall» 54 k., del Stud Iquique [Benites]
- 2.º—«Visión» 52 k., del Stud Peruano (Stewart)
- 3.º—«Oro II» 53 k., del Stud Cayaltí (Luccio)

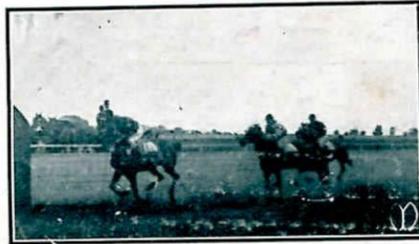
Tiempo: 1' 15 $\frac{3}{4}$ ".—«Rainfall» y «Oro II» salieron de punta á gran distancia de «Visión». En la curva «Rainfall» batía á «Oro II», y «Visión» espléndidamente gineteadada por Stewart logró amargar la victoria de «Rainfall». Medio cuerpo del 1.º al 2.º; tres cuerpos del 2.º al 3.º—Preparador del vencedor Benites.



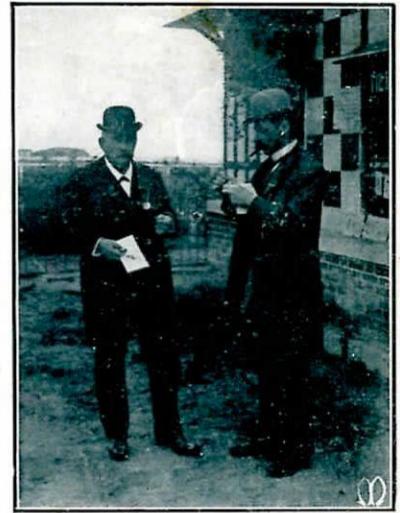
El Sr. J. Lockett,
propietario del Stud Iquique



El "dead-heat" de "Lily" y "Cayaltí"



Triunfo de Benites en "Caracolillo"



Los nuevos handicapers Señores
Hernriod y Bonnet

PREMIO «EL SPORT» 800 m. H.

- 1.º—«Lily» 55 k., del Stud Peruano (Stewart)
- 2.º—«Cayaltí» 54 k., del Stud Cayaltí (Benites)

Tiempo: 0'50 $\frac{3}{4}$ ".—Desde la partida corrieron iguales, logrando en la carrera sacar «Cayaltí» una pequeña ventaja sobre «Lily»; pero en la meta, fué nuevamente igualada por esta, declarando el juez el empate en medio de grandes aplausos.—Preparadores Silvers y Saravia.

PREMIO «PRISMA» 1,600 m. H.

- 1.º—«Vent'arriere» 56 k., del Stud Iquique (Benites)
- 2.º—«Pegaso» 53 $\frac{1}{2}$ k. del Stud Peruano (Stewart)

Tiempo: 1'45".—«Vent'arriere» venció de punta, al galope por más de dos cuerpos.—Preparador del vencedor Benites.

PREMIO «APLAUSOS Y SILBIDOS» 800 m. H.

- 1.º—«Hazaña» 55 k. del Stud Iquique (Velez)
- 2.º—«Colibrí» 55 k. del Stud Cayaltí (Stewart)
- 3.º—«Ofir» 48 k. del Mayor E. Burgueil [Ramírez]
- 4.º—«Año Nuevo» 51 k. del Mayor P. Martinez (Forcelledo).

Tiempo: 0'50 $\frac{3}{4}$ ".—Dos cuerpos del 1.º al 2.º; tres cuerpos del 2.º al 3.º; dos cuerpos del 3.º al 4.º—Preparador del vencedor Benites.

JIP.



Acercándose á la meta, en el premio "Actualidades"



Los competidores del premio "Prisma"





Primer ensayo de tricromía hecho en Lima en los talleres de "PRISMA"

Noviembre 1º de 1906